3 1761 09545955 8

EDVARDO MARQVINA

EN FLANDES SE HA PVESTO EL SOL

CUARTA EDICION

EN FLANDES

SE HA PUESTO EL SOL

LS
M357Gen

EDUARDO MARQUINA

EN FLANDES SE HA PUESTO EL SOL

146636
30/7/18

RENACIMIENTO

MADRID
SAN MARCOS, 42

BUENOS AIRES
LIBERTAD, 172

1914

ES PROPIEDAD

Imprenta Renacimiento, San Marcos, 42.—Teléfono 4.967

A MARIA GUERRERO
Y FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA,
CON TODO CARIÑO

E. MARQUINA.

Esta obra se estrenó en el Teatro Urquiza, de Montevideo, la noche del 27 de Julio, con el siguiente reparto:

MAGDALENA GODART	Doña María Guerrero.
MARIA BERKEY	María Cancio.
ISABEL CLARA	Catalina Bárcena.
PAULOTA GRONINGA	Elena Salvador.
BERTA	Matilde Bueno.
UNA ALDEANA	Carmen Jiménez.
ALBERTINO	Josefina Blanco.
DON DIEGO ACUÑA DE CARVAJAL	D. Fernando Díaz de Mendoza.
FRANCISCO VALDÉS	Luis Martínez Tovar.
JUAN PABLO	Francisco Palanca.
MANDER	Ricardo Juste.
HANS BOL	Alfredo Cirera.
BARON MONTIGNY	Ramón Guerrero.
MARTIN FROBEL	Felipe Carsí.
DON JUAN DE BRACAMONTE	José López Alonso.
DON LUIS GAYTAN	Ricardo Vargas.
POTTER	Francisco Urquijo.
ROMERO UN SOLDADO	Fernando Montenegro
ZAPATA UN PREGONERO	Antonio Suárez.

En el Teatro de la Princesa se estrenó, en Madrid, la noche del 18 de Diciembre, con el siguiente reparto.

MAGDALENA GODART	Sra. Guerrero.
MARIA BERKEY	Srta. Cancio.
ISABEL CLARA	Sra. Bárcena.
PAULOTA GRONINGA	Salvador,
BERTA	Bueno.
UNA ALDEANA	Jiménez.
ALBERTINO	Blanco.
DON DIEGO ACUÑA DE CARVAJAL	Sr. Díaz de Mendoza.
FRANCISCO VALDÉS	Thuillier (1).
JUAN PABLO	Palanca.
MANDER	Juste.
HANS BOL	Cirera.
BARON MONTIGNY	Guerrero.
MARTIN FROBEL	Carsí.
DON JUAN DE BRACAMONTE	Martínez Tovar.
DON LUIS GAITAN	Vargas.
POTTER	Urquijo.
ZAPATA	Giraudier.
ROMERO	Montenegro.

(1) Creo cumplir con una obligación gratísima haciendo constar aquí mi agradecimiento para con el ilustre actor D. Emilio Thuillier, que al estreno de esta obra consintió en aceptar un papel secundario como éste. Mi natural interés de autor procurando para la obra un reparto brillante, encontró aliados naturales en la generosidad, el espíritu de compañerismo y el entusiasmo artístico de Emilio Thuillier y del Sr. Martínez Tovar. Que muchas gracias les sean rendidas.

E. M.

A
LA MEMORIA DE
TODOS LOS MUERTOS GENEROSOS
QUE LEJOS DE LA PATRIA ESPAÑA
TIENEN SEPULCROS
DE FRIO Y DE OLVIDO
PARA RENOVAR EN ELLOS
UN TRIBUTO CONSCIENTE
DE HONOR Y PIEDAD
ESCRIBO
ESTE CANTO

E. M.

ACTO PRIMERO

ESPAÑA Y FLANDES

Representa la escena el interior de una pequeña hacienda campesina en el Brabante, entre Amberes y Malinas. El aspecto general de los «cabarets» de Teniers. En el fondo derecha, una puertecita que abre al campo. Pequeño muro, arrancando del fondo, junto á la puertecita y formando corredor para llegar á ella. En la pared lateral derecha, una puerta que comunica con el interior de la hacienda. En la pared lateral izquierda, una ventanuca alta, sin cristales, con postigo de madera jugando al interior. En la pared del fondo, una ventana grande con repecho practicable y macetas floridas. Mesa de nogal, bancos, sillas y un armario con poterías, pipas y jarros de cerveza.

Crepúsculo.

Al levantarse el telón se oyen á lo lejos disparos, alaridos y mosquetazos de los españoles, que tocan arma á la vecina aldea.

En escena estarán Paulota Groninga que, por la puerta del fondo, mira al campo, y Magdalena Godar que, por la ventana lateral, sigue ansiosamente los destrozos de la aldea.

JUAN PABLO

Saliendo á escena por la lateral derecha, después de mirar en torno cautelosamente.

¿Qué hay por la senda?

GRONINGA

Volviéndose.

¡Ni alma que se vea!

MAGDALENA

¡Y el saco sigue!

MARIA

Que estará delante de la ventana para seguir, como su hija, los incidentes del saco.

¡Y quemarán la aldea!

MAGDALENA

Ya incendiaron las aspas del molino,
y el fuego por el aire abre camino.

JUAN PABLO

Gritando, acercándose á la lateral derecha.

¡Martín Frobel!... ¡Da tregua á la faena!

MAGDALENA

Solicita, acercándose á su padre.

Padre, ¿puedo serviros en algo?

JUAN PABLO

Magdalena,
los españoles tornarán á Amberes
llevándose el botín; cuatro mujeres
y dos viejos que estamos
en esta choza, ¿qué queréis que hagamos?

MAGDALENA

¡Cuitado Martín Frobel!

JUAN PABLO

A eso atiendo.
El... la prensa... los libros...

MAGDALENA

¡Es horrendo!

MARIA

Desde el fondo.

¿Qué habláis los dos?...¿Qué pasa?...
¿Sospecháis que vendrán contra la casa?

JUAN PABLO

No sé nada, mujer.

MARIA

¿Y si vinieran?...

JUAN PABLO

¡En nombre del Señor, les abriría!

MARIA

¡Nunca, abrirles!... ¡Convéncele, hija mía!

MAGDALENA

¡Falta que ellos también se convencieran!

MARIA

Por modo que aquí estamos
peor que en la ciudad, y más vendidos;
entonces, ¿para qué la abandonamos?

JUAN PABLO

¡Dios ciega á los que quiere ver perdidos!

MAGDALENA

¿Desesperas de Dios?

JUAN PABLO

¡De quien lo hiciera!
¡Ya no espero, hace tiempo, en nada humano!
¡Flandes, tierra de ruina,
sin hijos, sin defensa y sin bandera:
España, armada, sobre ti camina,
y el Señor te ha dejado de su mano!

MARIA

Reuniéndose en el fondo con Paulota.

¿Oyes, Paulota?... Tiemblo de congoja...
sospechan que vendrán...

GRONINGA

¡Dios nos acoja!

MARIA

¡Y ayer hicimos provisión de harina!

GRONINGA

¡Y está cociendo el pan en la cocina,
que hice la masa para la semana!

MARIA

¡Y el vino!

GRONINGA

¡Compré nuevo esta mañana!

MARIA

¡Y el oro que á guadar nos dió el Concejo
y la prensa del viejo!...

GRONINGA

¡Y el cuadro grande del señor Juan Pablo,
que Mander, en Amberes, me decía
que buenos mil ducados le valdría!

MARIA

¡Y la paja y la vaca en el establo!

GRONINGA

Cambiando de tono.

Por cierto...

MARIA

Adivinando, sonriente, ganada de pacífica alegría.

¡No me engañes!... ¿Te adivino?...
¡Ay, cuánto sufriría
con la yacija estrecha que tenía!...
Dicen que las conforta pan y vino...

GRONINGA

¡Le he dado ya á beber!

MARIA

¿Y está contenta?
¿Cuántos son los nacidos? ¡Cuenta, cuenta!

GRONINGA

Dos ternerillos, rubios como el oro;
el pelaje tan fino
como borra de paño brabantino,
blanda y liviana al tacto.

MARIA

¡Qué tesoro!
¿Y saltan?

GRONINGA

¡Bien quisieran! Pero es ella
tan de suyo juiciosa, que atropella
por los mismos impulsos de sus hijos,
y entre sus patas los mantiene fijos
como en un ancho abrazo,
apretándoles bien contra el regazo;
por modo que ellos triscan y combaten
y, más que saltan, laten;
¡dos nuevos corazones que ella tiene
y á que se aparten de ella no se aviene!
Las cabecitas de los dos culminan,
inquietas, por encima de los flancos,
y, más que distinguirse, se adivinan
las frentes rojas, los morritos blancos...
¡y la madre les brinda, por almohadas
y cabezal, las ubres sonrosadas!

MARIA

¡Qué hermosura!... ¿No escuchas, Magdalena?

MAGDALENA

¡Escucho el alarido
del pueblo en armas y el cañón que truena!

MARIA

¡Cuitados!... En mal punto habréis nacido.

María se dispone á salir por la puerta del fondo.

JUAN PABLO

¿Adónde vas, María?

MARIA

Un poco cortada.

Si das venia, al establo dirigía
mis pasos...

JUAN PABLO

¿Al establo?
¿No cuida de él la moza?

MARIA

Sí, Juan Pablo;
pero... ya ves... quisiera...

JUAN PABLO

Yo no quiero:
que entre él y nuestra casa está el sendero y hay peligro en cruzarlo.

MARIA

Bien, espera;

no es que lo niegue... pero yo quisiera...
¡ay, Señor!... Ya comprendo
que ahora no está en sazón lo que os diría.
Arde á dos pasos un casar; el día
alumbra muertes, lutos, ¡es horrendo!
pero...

JUAN PABLO

¿Acabas, María?

MARIA

Acabaré... Yo sufro y peno y lloro
por todo el mal que nos están haciendo,
Juan Pablo; pero, ha poco, cuando oía
que la vaca ha tenido en la establía
dos ternerillos de oro...

MAGDALENA

Interesada ya.

¿Dos?

MARIA

¡Y tienen los dos, precisamente,
blanco el hocico y púrpura la frente!

MAGDALENA

¡Qué hermosos!

MARIA

Cuando Paula me contaba
cómo triscan, tan vivos,
y cómo, con las patas, les recoge
la madre, y en su seno les acoge

á la vez, abrazados y cautivos,
yo olvidé sangre y muerte
y el enemigo cerca, en asechanza,
y el mal seguro y la dudosa suerte,
¡y abrí el alma á la vida y la esperanza!
Dame venia, Juan Pablo... iré advertida...

MAGDALENA

Y yo, si tú me dejas, la acompaño.

MARIA

Ya lo ves, no nos pasa ningún daño;
no es todo muerte el mundo; ¡aun queda vida!

JUAN PABLO

Efusivo, llegándose á ella.

¡Ah, María Berkey, tú eres mi tierra!
Sí; con ella id las dos y proveeos
de vida y de deseos
que entregar á las llamas de la guerra...
Tú tráeme en esta mano,
mano de honrada paz y buen gobierno,
todo el calor y todo el vaho tierno
del recental enano.
Tú, Paulota Groninga, con tu brazo
robusto, de gañana y campesina,
haz lumbre en el establo á tu madrina
y arrímale las crías al regazo.
Y tú, mi hija mayor, mi Magdalena,
toda tan á mi modo en tus hechuras,
severa como yo, recia y serena,
sigue á tu madre y piensa que son, vena
donde se nutre Flandes, sus ternuras...

Andad con Dios para traerme nuevas,
cuando podáis, de los recién nacidos.

A su mujer.

Mira bien el camino antes que muevas
los pies... Gritad si os salen forajidos.

MARIA

No temas; son dos pasos solamente;
¡adiós, Juan Pablo!

JUAN PABLO

Adiós, dama María.

MAGDALENA

Saliendo ya, á la Groninga.

Dime, ¿y no tienen manchas en la frente?

GRONINGA

Me pareció que el uno las tenía
blancas...

MAGDALENA

¿No abren los ojos todavía?

MARIA

¡Nunca los abren tan seguidamente!

Salen por el fondo, después de cerciorarse que no hay nadie en el camino.

JUAN PABLO

Con muestras de impaciencia; llegándose otra vez á la puerta lateral derecha.

¡Martín Frobel! ¡He dicho que acabaras!
¡Y en casa mando yo!

MARTÍN

Saliendo por la lateral derecha, vueltas las mangas del jubón, sucio lo blanco de la camisa y sucias sus manos con tinta de imprenta; con un pliego grande, que examina satisfecho.

Perfectamente
Los caracteres claros, la escritura
limpia y la estampa del Maestro en medio,
con tanto ajuste, que parece á plomo.
Pintor Juan Pablo, lo haces de manera
que das bulto y color á la madera.

Va á mostrar la prueba, y parece sorprenderle el ruido de mosquetería que entra por las ventanas.

¿Qué ruido es éste?

JUAN PABLO

Secamente.

Acaban con la aldea.

MARTÍN

¿Intentarán quemarla?

JUAN PABLO

¡Ya está en llamas!

MARTÍN

¡Váleme Dios!

Sigue mirando el papel.

¡Ah, no, no, no! ¿Qué es esto?
¿David sin D inicial?... ¡Tamaño lapso,
prensa de Frobel, no has de darlo al mundo!
Voy á empezar de nuevo...

Dirigiéndose á la lateral derecha.

¡Isabel Clara!

JUAN PABLO

Pero ¿qué haces, Martín? Pues ¿no te he dicho
que dieras ya de mano á la faena?

MARTÍN

¿Pues no me ves aquí? Ya di de mano;
sino que encuentro un lapso en esta prueba,
y quisiera enmendarlo... ¡Isabel Clara!

JUAN PABLO

¿No viene?

MARTÍN

No habrá oído... el ruido, acaso...

JUAN PABLO

¿Qué ruido?

MARTIN

¡El de la prensa!

JUAN PABLO

¿Luego sigues
trabajando, sin ver el mal que causas?

MARTIN

Yo no... lo dejé todo, obedeciendo;
pero tu hija Isabel quedó imprimiendo,
por diversión, como de juego...

JUAN PABLO

¡Basta!
¡Paso del medio siglo, y no hallé ejemplo
de mansa terquedad como la tuya!

Llamando á su vez.

¡Isabel Clara, aquí!

ISABEL

Saliendo.

¿Qué ocurre, padre?

MARTIN

Sin pensar ya mas que en su errata, á Isabel Clara.

Vamos á ver los dos si habrá manera
de corregir ...

JUAN PABLO

Calla un momento, Frobel.

Ha dicho estas palabras con cierta alarma en la voz; va junto á la ventana grande y escucha.

Ni el ruido de un mosquete, ni un redoble;
todo acabó. ¡Dios guarde á los vencidos!

Se descubre y parece rezar; vuelve á dirigirse á los que están en escena.

No queda espacio que perder; el día
alumbra aún claro y tienen los del tercio
tiempo de regresar antes que acabe.
Les traerá hasta nosotros el sendero
y acaso entren la casa, Martín Frobel.

MARTIN

¡Mi prensa!

JUAN PABLO

¡Tú lo has dicho!

MARTIN

Estoy perdido.

JUAN PABLO

Tu prensa: la palabra para todos,
la verdad para todos, triunfadora
de toda tiranía, transportando
la voz de Dios á todos los hogares,

por sobre el tribunal de la Indulgencia
y sin que Roma cobre el diezmo, Frobel...
Tu prensa, el gran pecado, Dios sin velos,
como aquel día del mayor milagro
cuando, al morir Jesús, se abrió el del templo.
Si dan con ella, estás perdido, Frobel;
ni tú te salvarás, ni ella se salva;
que pobre, humilde y viejo, con tu prensa,
¡tú eres la libertad, y ellos, España!

MARTIN

Pero... ¿qué medio?

JUAN PABLO

Hay uno.

ISABEL

Destruirla...

MARTIN

Jamás... ¡antes mi sangre caiga en ella
y rojo impriman sus postreros golpes!

JUAN PABLO

Viejo amigo Martín, no es tanto el riesgo.

MARTIN

Di...

ISABEL

Cuitado maestro, ¡cómo sufre!

JUAN PABLO

Por una noche, accede á separarte...

MARTÍN

¿De mi prensa?

JUAN PABLO

Señalando hacia la lateral derecha.

Debajo de esa mesa
tiene su entrada el sótano mezquino
de esta hacienda, y en él la esconderemos
unos días...

MARTÍN

Respiro... ¡Sí, Juan Pablo;
como quieras se hará, cuando lo mandes!
Y yo mismo te ayudo; ya he cargado
muchas veces con ella, y sé llevarla...
¡Qué alegría!... Mi prensa... ¡Al fin, es ella
mi oficio, mi afección y mi familia!

Abrazando á Isabel Clara.

¡Ya se salvó mi prensa, Isabel Clara!
¡De todo corazón, gracias, Juan Pablo!

Juan Pablo y Martín Frobel salen por la lateral derecha á esconder la prensa. Isabel Clara se queda, mirando la catástrofe lejana. Empujando la puerta del campo, que quedó entreabierta, y sin anunciarse, en traje de marcha, con un hato al hombro y gorra de pelo, entra Mander en la estancia.

ISABEL

Mander... ¿de camino?

MANDER

Salgo
de Brabante, tierra floja,
donde, porque alguien habló
de paz, las armas estorban...

ISABEL

Sentaos.

MANDER

No queda tiempo;
ganar la senda me importa
primero que entren en ella
las panteras españolas.

ISABEL

¿Llamo á mi padre?

MANDER

No falta...
Dile que á Mander le enoja
recibir aquí la paz
de enemigos á quien odia.
Que estoy contra España, igual
que en aquellas negras horas,
cuando llevaron á Flandes
con su príncipe á la horca...
No se quejará Juan Pablo
de mí; sus órdenes todas
he cumplido: moví gentes,

alcé pueblos, compré chozas;
donde hubo hogar, arrimé,
para la guerra, mi antorcha;
si hoy con la paz os halagan,
á mí la paz me es odiosa,
y marcho á Holanda; allí juntan
nuestros príncipes sus tropas.

ISABEL

Lo diré así.

MANDER

Marchándose.

Y porque quiero,
si en tiempos futuros torna
mi maestro á sentir viva
la causa de Flandes toda,
ser, como lo fuí, su brazo,
le añadirás que no estorban
distancias á almas hermanas;
que con la esperanza sola
que ha de volver á llamarme,
se parte mi alma gozosa.
Nada más.

ISABEL

¿No queréis verle?

MANDER

Antes lo evito; que en horas
como ésta, las almas son
fuertes y la carne es floja.
Con Dios queda, Isabel Clara.

ISABEL

Acompañándole.

¡Que El os guíe, y El disponga
de vuestros pasos!

MANDER

Después de una vacilación.

Tu hermana...
¿dónde está?

ISABEL

Salió á la choza.
¿No aguardáis que torne?

MANDER

No.
Partir sin verla me importa.

Acercándose á Isabel Clara.

Tu hermana, Clara Isabel,
como es bella y como es moza,
viendo desde alto la vida,
piensa que es senda de rosas...
De sus amigos recela,
con sus adversarios goza;
juega con brasas... ¡Dios quiera
que no le llegue su hora!

ISABEL

Alarmada.

¿Queréis decir...?

MANDER

Frío.

Nada, al cabo...
Lo digo yo... ¿Qué le importa?

Abraza á Isabel Clara y se dispone á salir. Cuando ya está á punto de franquear la puerta, aparece en el marco de la ventana del fondo Magdalena y grita risueña.

MAGDALENA

Isabel... ¿no conoces la nueva?

ISABEL

¡Ella!

MANDER

Decidiéndose, casi escapando.

¡Adiós!

ISABEL

Natural.

Está aquí; ¿no os quedáis?

Ha desaparecido; cabizbaja Isabel Clara, va hacia su hermana.

MAGDALENA

Isabel, ¿no conoces la nueva?

ISABEL

¿De qué nueva me quieres hablar?

MAGDALENA

De un salto se encarama sobre el repecho de la ventana, y allí, sentada, con las piernas afuera y ladeando el cuerpo hacia su hermana para hablarla, dice:

Con la madre y la buena Groninga
—¡si tú vieras qué alegres están!—
nos salimos de casa hace un rato
y nos fuimos las sendas allá,
donde está la casona arruinada,
que en establo ha venido á parar...
—¡mala puerta, si pasan soldados,
que del quicio soltándose está!—
Con el hombro la abrió la Groninga;
nos entramos las tres al zaguán.
Poco espacio en el antro; unas tablas
donde hay hierba tendida á secar,
unas vigas muy bajas y negras,
en los muros color de humedad
y una franja de lumbre delgada
que se filtra de un roto cristal...
Se metió en el corral la Groninga;
detrás de ella empezamos á andar,
y sentí, en el calor del establo,
como un baño de calma y de paz
que, abrigado de tierra caliente,
cuando empieza el invierno á aflojar,
sube toda la savia á sus brotes
y se cuaja de flor el rosal...
—¿Dónde está la Groninga?...— Allá lejos,
dice madre—y la veo asomar,
por detrás de la vaca tendida,
las dos manos sobre el espaldar,
la cabeza tocada de blanco,

con que hacía una gran claridad...
Avanzamos las dos en lo obscuro,
y la moza comienza á gritar:
«¡Llegue aprisa, madama María;
no hagan ruido, les van á espantar!»
Y la bestia movió la cabeza
y nos dió una mirada de paz,
y dijeras que hablaban sus ojos...
Y la madre me hacía señal
que pisara, al andar, con cautela,
y empezamos las tres á mirar,
que la vaca ha tenido pequeños...
¡Si tú vieras qué alegres están!

ISABEL

¿No se ha vuelto contigo la madre?

MAGDALENA

Con la moza quedáronse allá.

ISABEL

Magdalena, ¿y por qué las dejaste?

MAGDALENA

Me cogieron antojos de andar,
de ver campos y verdes colinas
á mis solas; con más libertad...

ISABEL

Los senderos, en tiempo de guerra,
son esquivos.

MAGDALENA

Mi paso es de paz.
Quiero ver las cabañas en ruinas
y el rescoldo aventado en la llar
y los campos sin hombres en ellos
y la tierra partiéndose ya,
con amor de la siembra negada,
la azada partida, los hornos sin pan...
¡tantas voces en tanto abandono
que piden la paz!

ISABEL

¿Es verdad que al molino del río
le arrancaron la piedra?

MAGDALENA

Es verdad.

ISABEL

¿Y quemaron las huertas en torno?

MAGDALENA

Y rompieron la esclusa al pasar...
Por caminos perdidos va el agua
¡que hasta el río ha querido llorar!

ISABEL

¿Y tú, sola?

MAGDALENA

¿Qué riesgo hay en ello?

ISABEL

¡Torna á casa!

MAGDALENA

Me pesa de entrar.
El encierro ha durado tres días,
la tarde es tranquila, la puesta un altar.
Me dan ansias de andar por los campos;
de quebrar el silencio mortal
con canciones; de herir en los ríos,
con guijarros, el limpio cristal,
y que salte la espuma; de abrirme
camino sonoro, las selvas allá,
agitando las ramas, volcando
del nido las crías, á verlas volar...

ISABEL

Acercándose á ella, en voz baja, como amonestándola.

De pararte al volver de una senda,
ó esconderte detrás de un zarzal
á sentir, si los aires abrasan,
y se esconde con miedo el gañán,
y las rígidas lanzas negrean
apresando hasta el aire al andar,
cuando pasan los tercios de España,
qué golpe en las venas la sangre te da.

MAGDALENA

¡Isabel!

ISABEL

¡Magdalena, mi hermana!
¡Por la Virgen! Me espanta el pensar,

si esta odiosa quimera no olvidas,
qué amarguras las tuyas serán...

MAGDALENA

Riéndose de los miedos de su hermana.

He aprendido un romance de guerra;
lo cantaban mujeres de allá,
de ojos negros y trenzas de noche,
que siguen al tercio sin miedo al azar.

ISABEL

¡Magdalena!...

MAGDALENA

¿Qué espanto es el tuyo?
¿Ya no es dado á los tercios mentar?
Cuando el sol en sus lanzas se quiebra,
si de lejos les miras andar,
te parece que flota sobre ellos,
como un manto, la lumbre solar.
Traen ardiendo, en sus plumas bermejas,
los rescoldos de un bárbaro hogar
que no cabe en un reino, aunque es grande
y da unos calores que es dulce gustar.

Hay una pausa. Isabel levanta los ojos al cielo y vuelve al fondo. Magnalena, recostada contra el quicio de la ventana, y como si estuviera cantando para sí, dice en voz alta este romance de la guerra.

«Capitán de los tercios de España...

ISABEL

Temerosa, queriendo hacerla callar.

¡Magdalena!

MAGDALENA

»Señor capitán,
»el de la torcida espada,
»de la capa colorada
»y el buen caballo alazán:
»si fuera de empresa mía,
»si mi honor no se oponía,
»si diera á mi fantasía
»rienda suelta en este día,
»ya que partes, capitán,
»¡contigo me partiría,
»y á la grupa montaría
»de tu caballo alazán!

ISABEL

Desde el fondo, gritando un poco.

¡Vana copla de campo de guerra!
No hagas caso de coplas jamás.

MAGDALENA

Siguiendo, imperturbable.

»No me escuchaste, cuitada,
»y allá va la cabalgada,
»lanza en puño y rienda holgada,
»detrás de su capitán...
»¡Clávame, dueño, tu espada
»del revuelto gavilán,

»y llévame amortajada
»en tu capa colorada,
»soberbiamente plegada
»sobre el caballo alazán!

ISABEL

Acercándose.

¡Magdalena!

MAGDALENA

»Y allá lejos,
»á los extraños reflejos
»del fosco cielo alemán,
»cuando, olvidados los dejos
»de nuestros amores viejos,
»me traiciones, capitán,
»si favor tu boca espera
»de la blanca prisionera
»que una ventura guerrera
»libra indefensa á tu afán,
»¡con mi mano enclavijada,
»que la muerte hará sagrada,
»yo he de quebrarte la espada
»como una espiga tronchada
»por tu caballo alazán!
»¡Dueña mía, dueña mía,
»no me digas si te oía,
»que estaba mi fantasía
»riñéndose con mi afán;
»para tu gloria y la mía,
»por tu nombre y mi hidalguía,
»con su tercio, en este día,
»va á Flandes tu capitán.
»No me hables, dueña, de olvidos,
»que embargados mis sentidos

»de tus hermosuras van,
»y hollados y escarnecidos,
»he de traerte, rendidos,
»diez corazones heridos,
»en el arzón suspendidos
»de mi caballo alazán!»

ISABEL

¡Vana copla de campo de guerra!

MAGDALENA

Con prontitud y franca sinceridad.

¡Voz de un pueblo sediento de amar!

ISABEL

¡De oprimir!

MAGDALENA

¡De matar! ¿Quién lo niega?
El amor también es crueldad.

ISABEL

¡Qué palabras!... ¡Cambiáronte, hermana!

MAGDALENA

¡Isabel!... ¿Por qué tarda la paz?

ISABEL

No lo sé... ¿Qué querrías tú de ella?

MAGDALENA

No lo sé...

Como siguiendo el romance.

»¡Para aquí, capitán!»

ISABEL

Mirándola fijamente á los ojos.

¿Casarías con hombre de España?

MAGDALENA

¡Calla!... padre podría escuchar.

ISABEL

Que mira á la lateral derecha y ve entarr á Juan Pablo.

¡Cállome entonces!

MARIA

Suena su voz un poco lejos, llamando.

¡Magdalena!

MAGDALENA

Rápidamente, volviendo la cabeza al campo y gritando.

¡Madre!

Se hace pabellón con la mano en un oído como si escuchara algo que le dicen desde lejos.

Qué, ¿me buscabais?... Llevo tiempo hablando
aquí con Isabel. ¡Corro á encontraros,
y daremos las tres la vuelta á casa!

Desaparece.

JUAN PABLO

Como hablando con alguien que queda dentro.

Sube ya, y cerraremos... Qué, ¿no subes?

ISABEL

Pretenderá quedarse con la prensa
toda la noche, como ha dicho.

JUAN PABLO

¡Aguarda,
que esta vez por lo menos se lo estorbo!

Gritando, pero dirigiendo la voz hacia la lateral derecha, que Martín pueda oirlo.

¡Cierra allí el escondrijo, Isabel Clara,
y acércame unos jarros de cerveza,
que estoy sediento!

Hace á Isabel gesto significativo que aguarde, y viene á sentarse en primer término; en el acto aparece Martín Frobel, que mira á todos lados; Isabel Clara sonríe.

MARTIN

A Juan Pablo, con recelo.

¿No se habló de jarros?

JUAN PABLO

Volviéndose y simulando asombro.

¡Ah! ¿tú aquí? Cierra el hoyo, Isabel Clara,
—y confiesa Martín que la cerveza
le trastorna al más terco la cabeza.

Isabel Clara va al aparador por jarros y cerveza.

MARTIN

Tomando un escabel y sentándose junto á Juan Pablo.

Bien; por lo menos, beberé...

JUAN PABLO

Dándole en las rodillas una manotada amistosa.

¡Sin duda!

Isabel llega con la bebida en una grande azafata. Martín se refriega las manos con beatitud satisfecha. Entran por el fondo, armando bulla y risas, Paulota Groninga, Magdalena y María Berkey.

MARTIN

Ahora no es vicio, es sed.

JUAN PABLO

Así lo llaman.

MARIA

Al entrar.

¡Juan Pablo!

JUAN PABLO

Teniendo en la mano el jarro de cerveza que le dió su hija.

¿Ya de vuelta?

MARIA

Escucha, escucha...

JUAN PABLO

Atajándola y dándola el jarro de cerveza que tiene en la mano.

¡Nada digáis, por los recién nacidos!

MARIA

Tomando el jarro y levantándolo.

¡Por ellos, si tú quieres! Lo merecen.

Cada cual se apodera de un jarro y, sentados unos y otros en pie, forman cuadro alegre,

viviente y colorido, hasta que bruscamente acaba esta situación.

GRONINGA

¡Por madama María, que es tan buena
y tan lucida y blanca!

JUAN PABLO

¡Por la moza!

MARIA

¡A ver qué haces, Paulota; tengo celos!

GRONINGA

Muy corrida.

¿De mí?

MARTIN

¡Por mis amores enterrados!

ISABEL

¡Porque el viejo Martín duerma en su cama!

MARTIN

¡No, no paso por ello! ¡Con mi prensa!

MAGDALENA

¡Por la paz!... ¡Que no tarde y siempre dure!

MARTIN

¡Amén!

MARIA

¡Que te oiga Dios!

JUAN PABLO

Gritando seco.

¡Callad! Campanas...

Se oye el toque á rebato de unas campanas en la aldea vecina, como pidiendo auxilio. Todos van dejando los jarros; el último Martín Frobel. El grupo se descompone conforme avanza el diálogo.

MAGDALENA

¡Y tocando á rebato!

MARIA

Es en la aldea.

JUAN PABLO

No lo entiendo... ¿Pasaron los de España
sin que cuenta nos diéramos?

MARTIN

Lo dudo.

GRONINGA

Nadie pasó, señor, por el camino.

MARIA

¡Y siguen!

JUAN PABLO

Es el toque
con que piden auxilio las aldeas
después de un saco.

MAGDALENA

¡Entonces, acudámosles!

JUAN PABLO

¿Quién se arriesga?... Pensadlo. Andan los tercios,
pues acabó el saqueo, por las sendas...
¡Pero no puede ser!... Esas campanas,
al mismo tiempo que la urgencia, indican
que hay ya seguridad en los caminos
para llevar el natural socorrro;
es la costumbre.

GRONINGA

¿No serán, acaso,
los mismos españoles que se ensayan,
promoviendo este son, á persuadirnos
que está el camino franco, y de este modo
hacer botín en los que salgan?

MAGDALENA

¡Calla!

JUAN PABLO

Pudiera ser...

ISABEL

¿Qué hacemos?

JUAN PABLO

Mirando por la ventana grande.

Casi es noche;
no lo sé.

MARIA

¡Y estos bronces, qué bien piden!

MAGDALENA

¡Les socorriera yo, de todos modos!

Suenan en la puerta del fondo, que habrán entornado al entrar las dos mujeres, varios golpes como de quien llamara á ella.

VALDÉS

Desde fuera.

¡Ah, de casa!

JUAN PABLO

Dando un paso.

¿Quién va?

VALDÉS

Entrando.

¡La paz con todos!

Le siguen de cerca dos soldados, Zapata y Romero, trayendo entre ellos, casi desvanecido y horriblemente pálido, á don Diego Acuña de Car-

vajal, capitán de los tercios. Como los que traen al herido vienen lentamente, estarán todavía detrás del tabique y los de la casa no les ven, cuando ya el alférez Valdés habla con ellos.

GRONINGA

Con pánico visible, retirándose. Natural emoción en el grupo. Sólo Magdalena avanza un poco, con irresistible impulso.

¡Un soldado español!

VALDÉS

Señalando al capitán que entra entonces.

¡Un hombre herido!

MAGDALENA

Viendo al capitán, con espontánea compasión ingenua.

¡No puede andar! ¡Está desvanecido!...

A los dos soldados.

Tenedle bien...

La ha visto el capitán y con desesperado esfuerzo se suelta de los que le acompañan, lleva la mano al fieltro y barre el suelo con la pluma, saludando. Se le ve luchar con la debilidad profunda que nace de la sangre perdida para mantener una actitud gallarda.

DON DIEGO

A Magdalena, saludándola.

No es menester, señora.
Antes perdón os pido
de haberos afligido
llegando tan sin arte y á deshora.

MAGDALENA

A su padre, pidiendo con la mirada y con las manos juntas

¡Padre!

MARIA

A la Groninga.

Da compasión...

MARTIN

A Isabel Clara.

Llévale asiento.

Isabel Clara y Magdalena, á porfía, se dirigen á un sillón ancho que estará contra el muro, para ofrecerlo al capitán. Juan Pablo asiente con la cabeza.

DON DIEGO

Deteniendo á las dos con el gesto.

Después... Aún he de hablaros un momento.

Respirando con dificultad.

Traigo la paz... La mandan desde España:

ya no somos, en Flandes, gente extraña;
hermano os soy y en mi hermandad os cuento.

JUAN PABLO

¡La paz!

DON DIEGO

Sí, noble anciano;
y, si esta honrada casa os pertenece,
como en la edad y el tono lo parece,
dadme la paz, señor; esta es mi mano.

Quiere avanzar, tendiendo la mano, y vacila.

MAGDALENA

Como antes.

¡Padre!

Juan Pablo se decide á dejar su sitio, yendo á estrechar la mano del capitán: desde este momento las caras de las mujeres y de Martín Frobel estarán radiantes de satisfacción. Pablo, severo, pero humano, ayuda al capitán á mantenerse en pie.

DON DIEGO

Llegó la nueva al campamento
cuando rodaba el muro hecho pedazos
y ella cumplió su oficio en un momento:
¡todos los brazos encontraron brazos!
Pero sufrió el rigor de su destino
la aldea; el fuego á perdición la mueve;

auxilio está pidiendo: al que lo lleve,
nadie habrá de inquietarle en el camino.
La paz le será guarda y compañía
desde hoy al caminante.
¡Don Diego Acuña, el capitán, lo fía!
Con esto hablé bastante;
cuanto á mí, como llego mal herido,
sólo un rincón donde curarme os pido,
por que sigan los míos adelante...

Rendido del esfuerzo, parece vacilar; le sostiene Juan Pablo, y dice á Frobel.

JUAN PABLO

Tu brazo aquí, Martín.

MAGDALENA

A Isabel.

Y aquí, acerquemos
silla en que se acomode.

Con solicitud á Juan Pablo.

¿Le acogemos?

JUAN PABLO

Parece bien nacido el castellano,
y en nombre de la paz nos lo demanda.

El capitán calla, medio desvanecido, y entre los dos hombres le sientan en el sillón, que acercarán Isabel y Magdalena.

MAGDALENA

Respondiendo á las últimas palabras de su padre.

Herido y sin apoyo, es nuestro hermano:
ya no la paz, la humanidad lo manda.

El capitán abre los ojos y estrecha á Magdalena la mano, guardándola un momento en la suya.

JUAN PABLO

Al alférez.

¿En dónde fué la herida?

VALDÉS

Levantando la mano izquierda del capitán.

En esta mano.

JUAN PABLO

Martín le curará, que es entendido.

Pasa Martín, á quien siguen Magdalena y su hermana, á examinar la herida.

MARTÍN

La cuchillada le partió esta vena.
y el perder sangre le ha desvanecido;
da tiempo; ten su brazo, Magdalena.

Magdalena, con visible emoción, sostiene el brazo del herido. La Groninga, desde hace un rato, viene colocando sobre la mesa paños, vendas, bálsamos y lo demás necesario para prestar auxilio en casos como el de la aldea vecina durante una guerra. A la mesa acude Martín Frobel por lo indispensable para su cura, mientras Magdalena y su hermana hacen grupo con el herido.

JUAN PABLO

¿Y cómo habéis podido
traerle sin socorros tanto trecho?

Rodean á Valdés, Juan Pablo, María y Paulota.

VALDÉS

Capitán y español, no está avezado
á curarse de herida que ha dejado
intacto el corazón dentro del pecho.
Ello ocurrió de suerte
que á los favores de un azar villano,
pudo llegar el hierro hasta esa mano,
que tuvo siempre en hierros á la muerte.

JUAN PABLO

¿Y fué, señor?...

VALDÉS

Y fué que, apenas roto
por nuestro esfuerzo el muro,

salieron de la aldea en alboroto
sus gentes, escapándose á seguro.
Niños, mozas y ancianos,
en pelotón revuelto, altas las manos
como á esquivar la muerte, que les llega,
envuelta en el fragor de la refriega,
á derramarse van por los caminos
y los campos vecinos...
Y va á su frente y clama
que les tengan piedad en tanta ruina,
dando al aire sus tocas, una dama
que pone, ante la turba que la aclama,
la impavidez triunfal de una heroína...
Corriendo á hacer botín de su hermosura
la rufa soldadesca se amotina,
y en vano ella procura
en súplicas, en lágrimas deshecha,
acosada y rendida,
entregando su vida,
triunfar de la deshonra que la acecha.
Va á sucumbir; pero en el mismo instante,
una mano de hierro abre á empellones
el cerco jadeante
de suizos y walones,
y el capitán ofrece á la hermosura
la hidalga protección de su bravura...
Domeñado y sujeto
queda el tercio á distancia; ella respira:
«pasad, señora, que por mí os admira
y por mí os tiene España en su respeto»,
dice, y levanta el capitán ardido
la dura mano al fieltro retorcido.
Y en este punto, el hierro de un villano
parte su vena á la indefensa mano.
No se contrae su rostro de granito
ni la villana acción le arranca un grito;

inclina el porte, tiende á la cuitada
la mano ensangrentada
y vuelve á pronunciar: «gracias, señores;
que si sólo he querido
á la dama y su honor hacer honores,
ahora, con esta herida, habré podido
ofrecerle en mi mano rojas flores».
Ceremoniosamente
pasó la dama, él inclinó la frente,
y en la diestra leal que le tendía
la sangre á borbotones florecía.

MARIA

¡Digna acción de un soldado!

JUAN PABLO

Con cierta involuntaria brusquedad.

Que, dándole acogida
y curando su herida,
espero haber pagado.

VALDÉS

¡Oh, no penséis, señor, que él, en espera
de tan gallardo premio, la cumpliera!
Cuanto por él hagáis, ya que en su ruina
compasión os merece,
como paga, es mezquina,
como merced, señor, se os agradece.

Un poco secamente, saluda y vuelve junto al capitán. María Berkey tira de la manga á Juan Pablo para decirle.

MARIA

¿Y todo el fruto de la paz ha sido
darle socorro al español herido?

JUAN PABLO

Volviendo á pensar en los suyos.

¡Las gentes de la aldea
pedían con tal ansia!...

ISABEL

¡Parpadea!...

Por el herido.

MARTÍN

¡Torna el color al rostro!

MAGDALENA

¡Le salvamos!

JUAN PABLO

A María Berkey.

¿Tenemos provisión?

MARIA

De toda cosa;
llamo á la moza y que nos siga... ¿Vamos?

Cuando parece decidirse, el

capitán, que con la restablecida circulación de la sangre vuelve en sí, dice.

DON DIEGO

¡A mí los del tercio! Ordeno,

Valdés se adelanta y los dos hombres para que su capitán pueda verles.

si de esta casa alguien sale
con socorros para el burgo,
que salgáis acompañándole,
y que hasta dejarle en salvo,
nadie se atreva á dejarle.
Haced luego marcha á Italia,
que es condición de las paces
que, en obra de pocos días,
no queden tercios en Flandes.
Tú, Valdés, toma, en la fuerza,
el mando que yo dejare,
porque para hacer mis veces,
te sobra con lo que vales.
No os preguntarán por mí,
que en estos tiempos á nadie
le da lustre haber nacido
segundón de casa grande;
pero, si pregunta alguno,
bueno será contestarle
que, español, á toda vena,
amé, reñí, di mi sangre,
pensé poco, recé mucho,
jugué bien, perdí bastante,
y, porque era empresa loca
que nunca debió tentarme,
que, perdiendo, ofende á todos,

que, triunfando, alcanza á nadie,
no quise salir del mundo
sin poner mi pica en Flandes!

VALDÉS

Con mucha emoción.

Capitán: Dios me es testigo
—que de testigos no valen,
donde hablan almas de España,
cuerpos que engendró el Brabante—,
Dios me es testigo, que el mando
que venís á confiarme,
aunque es honra y crezco en ella,
como un castigo me abate.
Camino de Italia el tercio,
vuestra sombra le acompañe,
ya que en serlo pondré yo
mis únicas voluntades.
El mando que vos me dais,
porque es fuerza he de tomarle;
vuestro sitio en vuestra tropa
no esperéis que tome nadie...
Yo iré á la vera del tercio,
y hará las marchas delante
vuestro alazán, que, sin vos,
no ha de haber quien lo cabalgue...

Volviéndose á los demás.

Si alguien viene hasta el burgo, doile escolta;
lo mandó el capitán.

MAGDALENA

Con esfuerzo; no queriendo quedarse donde ve un peligro.

Voy con vosotros.

DON DIEGO

Súplica que únicamente oyen Isabel y Magdalena.

¡No!

Isabel Clara mira á su hermana; ésta baja los ojos.

MARIA

Vosotras quedad con Martín Frobel,
cuidando de la casa y del herido.

MARTIN

Para sí.

¡Y de la prensa!

MARIA

Dadle mesa al huésped...
cerrad la puerta, disponed la cena.

JUAN PABLO

A su mujer, impacientándose.

¿Vamos?

MARIA

¡Guarda á tu hermana, Magdalena!

Magdalena levanta los ojos al cielo. Los que llevan socorros á la aldea salen escoltados por los españoles. La Groninga distribuye algunos fardos y pasa delante. Juan Pa-

blo da el brazo á su mujer y pone su mano sobre el hombro de la moza. Martín Frobel queda junto á la ventana.

VALDÉS

Dejando salir por delante á los demás, torna á despedirse del capitán.

Capitán, con pena os dejo.

DON DIEGO

Ironía amarga.

Perdonad no os acompañe;
mas, si he de vivir, hay tiempo,
y si he de morir, más vale.

VALDÉS

Gran emoción.

¡Si habéis de morir, y muerto,
en esta tierra os quedareis,
tenedla vos por el tercio,
que el tercio vendrá al rescate!
¡Que mientras cenizas vuestras,
dando en ella, la consagren,
unidos en vos serán
sólo un reino España y Flandes!

DON DIEGO

¡Nada temáis... aún me queda
vida para cien combates!...

VALDÉS

¡Vuestra mano!...

DON DIEGO

¡Y mi alma en ella,
capitán!

VALDÉS

Casi abrazándole.

¡No he de olvidarme
que el nombramiento, don Diego,
lo escribís con vuestra sangre!

Se abrazan: situación; sale Valdés.

ISABEL

A Martín Frobel.

¿Qué dijo madre?

MARTÍN

Que cerréis la puerta.

ISABEL

Dijo bien, que ya es tarde.

MAGDALENA

Con interés, desde lejos, sin atreverse á acercarse á él.

¿Y el herido?

DON DIEGO

Incorporándose y volviéndose trabajosamente para dirigirse á ella.

Dejad, bajo esta incierta
veladura de sombras, en olvido
al huésped y al soldado:
por compasión, no me lleguéis al lado.
Dejadme solo... Toda mi energía,
toda mi fuerza he de juntar ahora,
para llegar con bien al nuevo día...

MAGDALENA

Temerosa, dando un paso.

¿Por qué os disgusta nuestra compañía?

DON DIEGO

¡Porque mañana os he de amar, señora!

Magdalena oye con emoción intensa estas palabras: se queda clavada en el sitio. Mirándola el herido, dobla poco á poco la cabeza, que trastorna la fiebre.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

LA REPRESIÓN

Representa la escena un espacio cercado, á espaldas de la casa de don Diego Acuña de Carvajal, cerca de Amberes, en el campo.

Cierran este espacio, formando un patio irregular y rústico, sencillas bardas de madera: en estas bardas, hacia el fondo derecha, una entrada, sin puerta, formada por dos tablones altos y otro horizontal, con cubierta de paja.

Toda la parte izquierda del escenario la ocupa la fachada posterior de la casa, que estará colocada en sentido transversal. En dicha casa, balconada de madera.

En el muro de la derecha, en primer término, cobertizo enano con trampa, destinado á los corrales. Por sobre las bardas de madera asoma la copa de un árbol gigantesco.

El cielo, sereno y limpio de las primeras horas de una mañana de Mayo.

Un grupo de guardias suizos se supondrá detrás de las tapias de madera. Algunos de ellos estacionan delante de la puertecita de las mismas y hablan entre sí.

La casa tendrá dos puertas: una con dos peldaños que da acceso á ella, y á su lado otra más pequeña y de menor importancia que comunicará con la cocina y bajas dependencias.

Al levantarse el telón, por breves instantes, estará la escena sola, sin otro accidente que los soldados del fondo.

Luego se abre una puertecita pequeña y entra en escena la Groninga, que llevará en su delantal, recogido, grano y hortaliza para los corrales.

SOLDADO

Atreviéndose á entrar en el patio, cuando ve asomar á la Groninga.

¡Gracia de Dios al alba lisonjera!

GRONINGA

Atravesando la escena para abrir la trampa de los corrales.

¡Cumplido amanecéis, meser soldado!

SOLDADO

Acercándose á ella.

¿No os quedará, mesera,
del grano, en que sois pródiga, un puñado?
Es para mi caballo, que ha sabido
ganarle al viento, pero está rendido.

GRONINGA

Caballo y caballero
llamen, meser soldado, á otro granero;
que si mucho padecen,
es todavía más lo que merecen.

SOLDADO

¿Arisca y sin entrañas?

GRONINGA

Acabando de atender á los corrales y cerrando la trampa.

¡Bueno fuera,
cuando potro y soldado
andáis metiendo espanto en el Condado,
que todavía yo vos socorriera!

Encoge los hombros, desdeñosa.

SOLDADO

Pues servimos, mesera,
al mismo dueño.

GRONINGA

Volviéndole la espalda.

¡No del mismo grado!

SOLDADO

Pero...

Va á adelantar; se abre en esto la puertecita pequeña y aparece Potter en escena. El soldado vuelve á salir del patio, reuniéndose con los suyos, que estarán á la parte exterior.

POTTER

¿Ha salido Monseñor?

GRONINGA

Le espera
la escolta armada, como cada día.

POTTER

¿Y dama Magdalena?

GRONINGA

Todavía
no ha querido mi suerte que la viera.

POTTER

Mirando de reojo y con ira manifiesta el piquete armado, cuyos hombres asoman de vez en cuando.

¡Veneno se me torna en las entrañas,
mirándoles, la sangre!

GRONINGA

Hablándole con misterio.

Me han contado
que incendiaron ayer unas cabañas
donde estaba un rebelde refugiado.

POTTER

¡Y dama Magdalena, cada día
más ciega!

GRONINGA

Ama á don Diego.

POTTER

¡Error aciago
fué no poner remedios al estrago
cuando apenas nacía!
Meser Juan Pablo...

GRONINGA

No es culpado en ello
nuestro viejo señor; bien ha sufrido,
que ha puesto en sólo el tiempo transcurrido
todo blanco el cabello.

POTTER

¡Antes ella muriera
que yo á un hombre de España la cediera!

GRONINGA

Cuando se desposaron,
daba el rey español pruebas tan grandes,
que todos afincada imaginaron
la paz perpetua en Flandes.

POTTER

Con desdeñosa ironía.

¡La paz!... Tú mira ahora
en qué extremos ha puesto
aquel error funesto,
cegándola en su daño, á tu señora.

Va enumerando los males con los dedos.

Meser Juan Pablo errante... Ama á su tierra
y corre, armando levas, el Condado,
rebelde, huraño, á preparar la guerra
y á no vivir con su enemigo al lado.
Monseñor Diego, de su parte, alzado
por España al Consejo de Justicia,
persigue á los rebeldes, amparado
del brazo ejecutor de la milicia.
La venganza, una espada, arma al anciano;
la justicia, otra espada, asiste al mozo,
y los dos, con las armas en la mano,
van al fatal destrozo.
Cuando las dos espadas

se crucen, sin remedio,
cogerán despiadadas
el corazón de tu señora en medio.

Apenas termina, cruje la puerta de la casa, que estaba entornada, y se abre, para dar paso á don Diego Acuña y Magdalena. Viste don Diego severo traje, al gusto español de los nobles de la época. Sin decir palabra descienden la gradilla y llegan, encaminándose á la puertecilla del fondo, hasta el centro de la escena. Potter, en cuanto les ve, hace á la Groninga señal que guarde silencio, y él y la moza se internan en la puertecita para ver á sus amos, sin ser vistos. Movimiento en los soldados, que hacen formación en lo exterior desde que aparece don Diego.

MAGDALENA

Llegando al centro de la escena.

¿Tardarás?... No me engañes.

DON DIEGO

No te engaño;
sólo dos horas.

MAGDALENA

Dos eternidades.

DON DIEGO

Risueño, enamorado.

Fuera yo capitán, como era antaño,
y hablaras con razón de soledades.

MAGDALENA

Si fueras capitán, te seguiría;
no muerta, como canta la balada,
viva.

DON DIEGO

¿Y si el capitán no lo quería?

MAGDALENA

¡Mi propio corazón le colgaría
entre los gavilanes de su espada!

DON DIEGO

Pues no soy capitán, soy Consejero,
y amor es poco amigo de consejos.

MAGDALENA

Por eso abjuro y apartarte espero
de ese oficio de viejos.

DON DIEGO

Incitándola á seguir andando.

¡Tardo ya!

MAGDALENA

Con mohín de disgusto.

¡Bien te pesa, por mi vida!
No tardes más, volviendo.

DON DIEGO

Pues por eso;
todo el tiempo que tardo en la partida
va á cuenta de tardarlo en el regreso.

MAGDALENA

Si ello es cierto, ve pronto.

DON DIEGO

No te digo
«queda con Dios» porque te vas conmigo.

A un soldado que estará á la puerta.

¡Mi caballo acercad!

Desaparece el soldado. A Magdalena.

La mano...

MAGDALENA

Dándole la mano y atrayéndole cuando él la estrecha.

¡Un beso!

Se abrazan: vuelve á aparecer el soldado con el caballo, y

ellos dos van juntos hacia la puerta. Potter y la Groninga avanzan un poco para ver mejor.

GRONINGA

Ella es rayo de sol en el aurora...

POTTER

El es color de acero y de tormenta.

Teniéndole un soldado el estribo, cabalga don Diego. Magdalena queda agitando su lienzo blanco.

GRONINGA

Paloma al aire, el lienzo de ella ahora.

POTTER

Huirá del gavilán que la amedrenta.

GRONINGA

Toda es oro, á este sol, nuestra señora.

POTTER

En un ocaso la verás sangrienta.

Se aleja de la puerta Magdalena. Isabel Clara, apenas acabaron de hablar Potter y la Groninga, asomó en la de la casa, presenciando la despedida de don Diego. La Groninga se interna en la cocina. Potter vuelve

á andar hacia la puerta del fondo, y al cruzarse con Magdalena, que viene en busca de su hermana, la hace acatamiento respetuoso y cariñoso en la mano. Magdalena sonríe, agradecida. Sale Potter por el fondo.

ISABEL

Siempre igual; no pasa el tiempo
para ti.

MAGDALENA

Sí pasa, hermana;
pero no viene á segarme
las mieses, sino á doblarlas;
tiempo es de Mayo, y me trae
más rosas cada mañana.

ISABEL

Viéndote estaba, y, al verte,
reviviendo horas pasadas,
cuando tu don Diego herido,
á las puertas de la casa,
él te contaba sus hechos,
tú, escuchándole, temblabas,
daba el sol, pasaba el sol,
y no acababan las pláticas.

Habrá en el patio medios toneles y macetas de barro con rosales; mientras Isabel se habrá sentado junto á la mesa, Magdalena va de un rosal á otro cortando flores. Cuando tiene unas cuantas, se

sienta junto á su hermana y empieza á hacer un ramo. Le sorprende haciéndolo la entrada de Hans Bol y Berta.

MAGDALENA

¡Cuántas noches, al cerrarnos
de recogida, en la estancia,
con tus funestos augurios
me hiciste llorar, hermana!
¿Los recuerdas?

ISABEL

Con melancolía.

¡Más que nunca!

MAGDALENA

Acariciándola, al acercarse á la mesa para dejar en ella algunas flores.

¡Pobrecita Isabel Clara,
que le da miedo la vida
y no se atreve á gozarla!

Imitando la voz compungida de su hermana al darle consejos.

«Padre no querrá que cases»...
Casé. «Dos sangres, dos razas
os separarán»... Vivimos
en tan estrecha alianza,
que el tiempo, has dicho tú misma,
para nosotros, no pasa.
«No bendecirán los cielos

vuestra unión»... ¡Y el cielo manda
que las sonrisas de un hijo
florezcan en nuestra casa!
Maestra de profecías
no serás, que acaso erraras.

ISABEL

¡Y así no acaben mis yerros
en profetizar desgracias!

MAGDALENA

No... porque en una acertaste
¡y plegue á Dios enmendarla!
¡Padre no es nuestro! A sabiendas,
de nuestra casa se extraña,
y, estando don Diego, en ella
jamás ha puesto su planta.
Tan de tarde en tarde viene,
que, desde que estoy casada,
puedo contar los inviernos
por las nieves de sus canas.

ISABEL

Madre tampoco le ha visto
parar, de asiento, en su casa;
va errante por el Condado...

MAGDALENA

¿Qué irá haciendo?... Diego calla
cuando le pregunto. Al cabo,
que en esta vida agitada
que nosotros tres llevamos,

cambiando asiento y estancia
siempre en servicio del rey,
no nos siga, no me extraña;
yo misma, por que Albertino
no sufriera en las mudanzas,
le he confiado al cariño
de nuestra madre, en su casa.
Pero que tampoco allí
vaya padre; que nos traigan
noticias de él los que errante
por los caminos le hallan,
me llega al alma, y me digo
si habré sido yo la causa.

Terminada la faena de coger flores, pensativa y melancólica, se dirige ahora hacia la mesa.

ISABEL

Padre á su Flandes adora;
dice...

MAGDALENA

Lo recuerdo, hermana:
dice «quiero hollar de Flandes
todo el suelo con mis plantas;
quiero recoger la tierra
que levanten mis pisadas;
quiero, mientras vivo aliente,
devotamente guardarla,
y quiero, cuando me entierren,
por si lo hace gente extraña,
que sólo cubran mis huesos
con esa tierra sagrada».

ISABEL

Insistiendo.

Padre á su Flandes adora;
si hoy su Flandes amenazan...

MAGDALENA

¿Quién?... ¿No dió España la paz?

ISABEL

La prometió. Las guirnaldas
que festejaron la paz
ya están secas.

MAGDALENA

Pienso, hermana,
que he sido hasta hoy tan dichosa,
que tenté á Dios... Rosa ufana,

Cogiendo una rosa abierta y mirándola con melancolía y presentimiento.

ya se abrió entera mi vida:
sólo falta deshojarla.

Desde hace un momento se dejará oir un tumulto cerca de la puerta; las dos hermanas, callándose para parar mientes en él, oirán voces de auxilio que las sobresaltan. Cuando Magdalena se pone en pie para acudir á lo que sea, entran por la puertecita del fondo Hans Bol y Berta, seguidos

de dos ó tres vecinos, que con muestras de desesperación y angustia rodean á las damas.

BERTA

Casi á los pies de Magdalena.

¡Las buenas damas!

HANS

Lo mismo.

¡Señora!

MAGDALENA

Acogiéndolos á todos.

Decid... ¿qué ocurre?

BERTA

Juntando las manos.

Os pedimos
protección.

HANS

¡Por las dos manos
inocentes de vuestro hijo!

BERTA

¡De todas nuestras cabañas
se escapan voces de auxilio!

MAGDALENA

¿Qué pasa?

ISABEL

¡Hablad!

HANS

Apóstrofe inconsciente.

¡Vuestra España
da de sí!

UNA VOZ

¡Por el delito
de amar la tierra en que estamos!

HANS

¡Nuestra patria!

BERTA

Han recorrido
con armas todas las casas:
llevan un negro rescripto
y arrastran cuerda de presos
por la comarca; los suizos,
con sus alabardas, hacen
saltar las puertas de quicio,
entran la casa y separan
á los padres de los hijos;
hasta las mujeres prenden,
cuando ellas quieren, con gritos,
mover á los naturales
contra España y sus designios.

MAGDALENA

¿Y esto dura?

HANS

Hace tres días.

MAGDALENA

¿Y es la causa?...

HANS

Haber sabido
España que, porque ansiamos
romper de una vez los grillos
con que nos atan las manos,
todos nos hemos unido.
Todo el Brabante hizo pacto
de sangre; todos quisimos,
como en tiempos del de Egmont,
correr juntos el peligro.
Hubo traidores, el pacto
se ha descubierto y los suizos,
á sueldo del español,
se encargarán del castigo.

MAGDALENA

A Isabel.

¡Poco ha durado la paz!

BERTA

¡Señora!... ¡He visto dos hijos
arrancarse de mis brazos
para marchar al suplicio!

MAGDALENA

¡Horror!

HANS

Tenéis en las venas
sangre de Godart; venimos
en nombre de él y de Flandes
á reclamar vuestro auxilio.

MAGDALENA

Contad con él. Diego ignora...

BERTA

¡Señora, es don Diego mismo
quien se llevó, con sus lanzas,
prisioneros á mis hijos!

MAGDALENA

Transición.

¡Callad!

ISABEL

Interviniendo, compadecida de Magdalena.

¡No la atormentéis!
¡Salid afuera; el servicio
que le pedís, ya estáis viendo
que se lo niega el destino!

HANS

¡Afuera corre don Diego
la comarca con los suizos!

¡No queremos tener, viéndole,
ocasión de maldecirlo!...

MAGDALENA

Callad, callad...

HANS

Enardeciéndose.

En la lengua
que fué vuestra; en la que dimos
el respeto á nuestros padres,
la crianza á nuestros hijos;
¡con las mismas maldiciones
que de labios aprendimos
de nuestro señor Juan Pablo
contra el funesto enemigo!

ISABEL

A la mujer, con instancia suprema y persuasiva.

¡Salid!

BERTA

¡Acogednos!

MAGDALENA

A su hermana.

¡Deja,
que está cambiándose el hilo
de mi vida; que me arrancan
de un sueño largo sus gritos!

A Hans Bol: transfigurada, á punto de una resolución su-

prema; su hermana la sigue con ansiedad.

Decís que España os castiga;
decís que don Diego mismo
con sus lanzas...

HANS

Interrumpiéndola.

Aún, viniendo,
sobre el caballo le vimos,
porque quedaban seis casas
de rebeldes sin castigo;
la mía entre ellas... ¡mi nombre
va el último en el rescripto!

ISABEL

¡Huid!

HANS

Vivamente.

Los suizos nos cercan:
¡no hay salvación!

MAGDALENA

Ironía terrible.

¿Y has venido,
cobarde, á que una mujer
te socorra en el peligro,
ó á que la hija de Godart,
contra ley, contra el destino,
contra Dios, muestre, en sus hechos,
la sangre de que ha nacido?

HANS

Soy de Flandes, llamo á Flandes;
no hay más razón en mis gritos;
vuestra mano, hecha de tierra,
donde amasaron los siglos
cenizas de vuestros viejos
con sangre de sus martirios,
puede sujetar el brazo
sobre Flandes suspendido;
si lo hacéis, labios os canten,
porque escalasteis un sitio
en donde romper los hierros
que nos tenían cautivos;
si no lo hacéis...

Magdalena da un paso hacia el campesino como si quisiera sentir más cerca el fuego que brota de sus palabras.

ISABEL

Reteniéndola.

¡Magdalena!

MAGDALENA

Rechazándola, por Hans Bol.

Deja. ¡Mando que hable!

BERTA

Atemorizada, en voz muy débil.

¡Auxilio!

HANS

Encendido, transfigurado, frente á frente de la hija de Godart.

Si no lo hacéis, vuestro nombre
quede en prenda á los nacidos
de cómo un amor impuro
corrompe linajes limpios;
si no lo hacéis, estas canas,
este horror, este mendigo,
os hablen, en mí, de aquel
que va por esos caminos
moviendo á Flandes en armas
de un mal paso arrepentido;
si no lo hacéis, contempladle
cómo un último heroísmo
le hace borrar vuestro nombre
de su corazón; ¡el libro
en donde guardan los padres
la memoria de sus hijos!

ISABEL

¡Calla! ¿Quién eres?

HANS

¡Soy Flandes;
me acosan, amparo os pido,
y Juan Pablo en estos hombros
puso sus brazos de amigo!

MAGDALENA

¡Basta ya! ¡Dios con nosotros,
y seguidme! ¡Os doy asilo!

Tiene ella que obligarles á entrar en la casa por la puertecita pequeña; los infelices besan sus manos; queda en la escena Isabel Clara, aturdida. Durante la escena anterior Magdalena habrá roto nerviosamente todas las flores. Isabel Clara aparta aquel despojo para sentarse; cautelosamente asoma por la puerta del fondo Mander.

MANDER

Sin gritar, con voz misteriosa.

¡Isabel Clara!

ISABEL

Con sobresalto.

¿Quién es?...
¡Mander!

MANDER

Imponiéndole silencio, con un dedo en los labios. La misma voz de antes.

¿*El* está en la casa?

ISABEL

No. ¿Sois también perseguido?

MANDER

Toda Flandes está en armas;
mas no hablo de ello. *Alguien* llega
que, hallándole, le pesara.

ISABEL

¿Mi padre?

MANDER

¡Silencio!

ISABEL

Sin poder contener un grito, corriendo á la puerta.

¡Padre!

Roto, envejecido, con cara de sufrimiento, de lucha y de fatiga; manchado el traje de fango de los caminos, la figura venerable y apocalíptica, aparece Juan Pablo, con la cabeza completamente blanca, en el marco de la puerta.

¡Padre mío!

Se arroja en sus brazos.

JUAN PABLO

¡Isabel Clara!

Pausa. Los dos están un rato abrazados.

MANDER

Bien, acercaos... Traedle,
Isabel... que el tiempo falta;
que sólo un instante debe
permanecer en la casa
para deciros adiós.

Baja la voz.

Nos vienen siguiendo lanzas.

A Juan Pablo.

Sentaos; *él* no está aquí;
descansad. Luego...

JUAN PABLO

No, basta:
pues aquí llegué, aquí quedo;
la expiación es sobrada.

Pausa. A su hija, sonriendo.

Pasa del año, Isabel,
que tus dos manos de gracia
no pusieron sus jazmines
en la nieve de mis canas.

Le besa las manos varias veces. Isabel estará en un escabel bajo, sentada á sus pies. Mander en pie, interviniendo á veces en el diálogo, y lo demás del tiempo vigilando las puertas, como quien tiene y da la sensación de un peligro inminente.

Hoy vi á tu madre... Ella ignora
los peligros que amenazan;
cuidadla... fué buena siempre,
animosa, alegre, casta
como en el cristal de un río
la lumbre de la mañana;
cuidadla... yo no me marcho
sin cariños de dejarla

ISABEL

Padre, no habléis de marcharos;
esto pasará.

JUAN PABLO

Sí, pasan
los sucesos y los hombres,
¡y yo hice larga pasada!
También he visto... á Albertino;
tu pobre madre le guarda.
¡Albertino!

ISABEL

Vuestro nieto.

JUAN PABLO

Mi hijo dos veces... Jugaba,
metiendo en ella las manos,
con las hebras de mis barbas...
«¡Qué río blanco!», decía;
su cabezuela dorada
desaparecía en ellas:
«¡me cubre, me cubre el agua!...»

Vuelve á sonreir.

Y yo, inclinándome—el juego
casi me ponía lágrimas—,
le envolvía más, hundiéndole,
anegándole en mis barbas:
«¡Qué fría el agua, qué fría!...»

MANDER

Con intención.

¡Bien pudo lavar la mancha
de su origen!

JUAN PABLO

Reconvención profunda y dolorida.

¡Mander, Mander!
¿A qué tan pobres palabras?

A Isabel, con intimidad otra vez.

Ha crecido... Al separarnos,
me hizo juegos con la espada;
¡ya tiene un gesto con ella!

MANDER

¡Flandes verá si lo para!

JUAN PABLO

Lo mismo que antes.

Mander... ¡me cierro á escucharte!
Tan sólo hay odio en tu alma.

Pausa: después de una mirada circular; á Isabel, con temor y con cariño al mismo tiempo.

¿Y Magdalena?

ISABEL

Haciendo rápido gesto de incorporarse.

¿La llamo,
señor?

JUAN PABLO

Timidez de viejo.

No, después; aguarda,

La acaricia á ella.

Ello es que yo, por lavar
la afrenta que imaginaba
haber hecho á nuestra tierra
desde que acogí al de España,
los últimos años míos
los di enteros á mi patria...
Mander me ayudó... ¿verdad?

Mander asiente sonriendo.

¡La facienda ha sido larga!
Hoy nos persiguen... ¡no importa!,
la tierra queda sobrada;
de punta á punta el Condado
vuelve á levantarse en armas:
si mal hice, en bien lo torno;
si falté, mi sangre paga.

ISABEL

Tomándole las manos, con sollozos.

¡Padre!

JUAN PABLO

¡No, lágrimas, no!
Nos vienen siguiendo lanzas;
traen mi sentencia; no pude
pasar de largo esta casa,
estando en ella vosotras,
sin entrar á que me hablarais...

MANDER

Interviniendo, con intención.

Yo insté; que, siendo don Diego
del Consejo, por España,
logre acaso Magdalena
moverle á otorgaros gracia.

JUAN PABLO

Serenamente.

No, Mander; hoy ya no pongas
fingimiento en tus palabras:
tú me has hecho entrar aquí
por doblez, porque esperabas
que, al sentirse Magdalena
culpable de mi desgracia,
trocando el amor en odio,
lo echara á don Diego en cara.
Yo te conozco.

MANDER

Señor,
vuestra acusación me extraña.

JUAN PABLO

Deja... Tú esperas vivir;
mi muerte ya está cercana,
y el odio es cenizas cuando
va el alma á salir en llamas.

MANDER

Repito que Magdalena,

si bien quisiera, lograra
del Consejo de Justicia,
para su padre, la gracia.

JUAN PABLO

¡Y yo digo que soy yo
quien no quiere y la rechaza!
Bastante he vivido; fuerzas
para presenciar me faltan
cómo, corriendo, la sangre
de mi pueblo, á todos mancha.
Cansado estoy de llevar
juntos, á un tiempo, en el alma,
un amor que aquí me trae
y un odio que me separa.
¡Corre á Montigny á decirle
que se acerque con sus lanzas;
no será un reo el que entregue
con cadenas á su España;
será un viejo que, aliviado,
por sus manos, de su carga,
¡sonreirá para darle,
con sus despojos, las gracias!

Magdalena ha aparecido en la pequeña puerta; su padre, de espaldas á ella, no puede verla. Ella escucha sus últimas palabras y se detiene para reaccionar enérgicamente y comprender la situación.

MAGDALENA

¡Padre mío!

JUAN PABLO

Poniéndose en pie, con un esfuerzo supremo.

¡Magdalena!

Corre ella, dispuesta á caer á sus pies; Juan Pablo, queriendo evitarlo, dice:

¡A mis brazos!

MAGDALENA

Arrodillándose.

¡A tus plantas!

Mander é Isabel, con inquietud visible y cambiando palabras en voz oaja, salen por la parte del fondo para estar al corriente de lo que pasa afuera.

JUAN PABLO

Pues queda en ellas el tiempo
que tarda una bendición
en pasar á las de un padre
desde las manos de Dios.
Mucho en tu amor he sufrido;
pero era tanto mi amor,
que, cuando debió acabarse,
por no hacerlo, me acabó.
Muy viejo estoy; y hoy los mozos
ya no sois de nuestra pro,
ni entendéis como nosotros
los deberes y el honor.
Pasan años, cambian vidas
y todo, á mi alrededor,

por disimular lo que es,
se asombra de lo que soy;
no es mi sangre, no es mi gente,
no es mi mundo este en que estoy;
si amargado lo abandono,
no me pidas la razón.

MAGDALENA

Padre mío, ¿á qué pedirla
si en todo lo que habláis vos
está latiendo el reproche
de que la causa soy yo?

JUAN PABLO

¡No!

MAGDALENA

Ni de ello hablemos, padre;
que, al cabo, si fué el amor
causa que, no resistiéndole,
Dios mismo en él sucumbió,
siendo yo humana y mujer,
no pude hacer más que Dios.
Pero, el amor puesto á un lado,
¿qué otro daño os hice yo
que á vuestras santas palabras
da tan amargo el sabor?
¿De abandonarnos habláis
y no os mueve el corazón
ver, cuando os oigo, el horrible
remordimiento en que estoy?

JUAN PABLO

No te culpo de mis penas.

MAGDALENA

No importa; me culpo yo,
que cuando á paces estábamos,
metí el rayo entre los dos.

JUAN PABLO

Tú, al cabo, ignorabas...

Magdalena
~~ISABEL~~

¡Nada!
Pero cediendo á mi amor,
no olvidé de dónde vino
la sangre á mi corazón;
creció con mi amor mi vida,
no es que de nuevo empezó;
todas las raíces de ella
más las siento en mi interior,
desde que el árbol dió fruto,
desde que un nido colgó
del árbol, pesando en él
con la bendición de Dios.

JUAN PABLO

Con todas estas razones,
hija mía, aunque ellas son
parte á endulzarme las penas,
no has de remediarlas hoy...
La fatalidad no tiene
quién la mueva; reo soy,
y España me ha sentenciado,
por Flandes, de sedición.

MAGDALENA

Consejero es de Justicia
Diego, y rogaré por vos.

JUAN PABLO

Don Diego no ha de otorgar
lo que está sobre el honor
y el deber.

MAGDALENA

Don Diego es mío,
y con él me entiendo yo.

JUAN PABLO

No estuviera yo en su casa,
Magdalena, como estoy,
si, entrando en ella, esperara
de don Diego protección.

MAGDALENA

¡No fuera esta casa mía
como lo es, si, estando yo,
lanzas entraran en ella
para arrancaros á vos!

JUAN PABLO

Irguiéndose.

¡No entrarán; saldré yo mismo!
¡No me escondo; el rostro doy
y, con marcharme, esta casa
libro de un nuevo baldón!

MAGDALENA

¡Padre!

JUAN PABLO

Saliendo torpemente y trágicamente.

¡Llevamos dos rumbos!

MAGDALENA

Con un gesto rápido, abriendo la puerta donde internó á sus protegidos, que salen todos, rodeándola.

Pintor Juan Pablo: estos son
vuestros flamencos, movidos
á rebelarse por vos;
pacto de vida ó de muerte
con ellos hicisteis; hoy
asilo me demandaron
y asilo otorguéles yo:
si salís, abandonándoles,
que en cuenta os lo tome Dios;
¡yo, por seguir vuestros pasos,
les dejo sin protección!

Juan Pablo vacila y se detiene.

HANS

Tendiéndole sus brazos.

¡Meser Juan Pablo!

BERTA

¡Maestro!

JUAN PABLO

Corriendo á ellos.

¡Hijos míos!... ¡Pocos sois!

Todos le rodean; él después de mirarles.

HANS

¡Magdalena es vuestra sangre;
no la desmiente, señor!

JUAN PABLO

¡Gracias, Dios mío!... ¿Y qué intentas,
hija?

MAGDALENA

¡Emplear el amor
que os abrió tantas heridas,
en óleo de todas, hoy!

Mander é Isabel Clara entran apresuradamente por la puerta del fondo.

MANDER

Alarmado, gritando.

¡Llegan Montigny y sus lanzas!

JUAN PABLO

A su hija.

Mis perseguidores son.

MAGDALENA

Yendo á él.

¡Padre!

HANS

¡Juan Pablo!

ISABEL

¡Ocultaos!

JUAN PABLO

¡Jamás!

MAGDALENA

Reaccionando.

¡Os lo pido yo!
Ya oisteis que vuestra sangre
no la desmiento, señor;
si arranco á España una vida,
no habrá de ser con baldón.

A su padre y á todos, imponiéndose con su actitud.

¡Vosotros dentro, aguardando
mientras da un plazo el honor;
yo entre vosotros y España
y árbitro de todos, Dios!

Ella misma ayuda á los perseguidos á internarse; suena vocerío del pueblo, precediendo á las lanzas. Entran algu-

nas mujeres y niños en la escena. Mander, Isabel y la Groninga y Potter, que acaban de salir al ruido, forman grupo junto á Magdalena, que estará sobre el primer peldaño de la puerta grande, cruzados los brazos, esperando la aparición de Montigny. Entra este capitán con guardias walonas ó suizas en escena. Griterío de chiquillos. El tambor, á las órdenes de Montigny, redobla para imponer silencio. Terminado el redoble, deja el tambor en el suelo su alta caja, colocan sobre ella una madera, hace un nuevo signo con la espada Montigny y el pregonero de la Justicia sube á la improvisada plataforma para leer la siguiente citación. Se ha hecho un gran silencio.

PREGONERO

Leyendo.

«Por España y la muy noble
Católica Majestad
del Rey Felipe; yo, Alberto,
su obligado y su leal,
Archiduque de Austria, usando
mi mando y mi autoridad,
y en estos Estados Bajos,
gobernador, vengo á dar
á vos, barón Montigny,
de mis lanzas capitán,
orden que, buscando al dicho
pintor Juan Pablo Godart,
le prendáis y entrega de él

hagáis á mi Tribunal;
que, si se resiste, venia
para atacarle se os da.
Que al que le encubra ó defienda,
le alcance castigo igual;
por herético, enemigo
de España y Su Majestad
y de la Romana Iglesia
Madre nuestra, le serán
sus haciendas confiscadas,
retenida su heredad.
Asimismo: niego venia
á arzobispo, cardenal,
obispos, prior, abades
y otra cualquier dignidad
para confesarle, salvo
si en su error quiere abjurar,
y en la causa de su vida
que entienda mi Tribunal.»

Gran silencio: desciende el pregonero de su plataforma y avanza Montigny.

MONTIGNY

¿No oisteis?... ¿No está en la casa
meser Juan Pablo Godart?
¿Esperáis que den mis lanzas,
para que habléis, la señal?

MAGDALENA

Barón Montigny, debisteis
mirar bien, antes de hablar,
la alcurnia de quienes oyen
y la casa donde estáis;

que, si plumas de curiales
dan fueros á un capitán,
el ser yo dama y honesta
trato y condición me da
para que, si bien nacieron
y en buena crianza están,
barran el suelo con plumas
los que me quieran hablar.

Pausa. El barón Montigny lleva la mano á su chambergo y saluda á la dama largamente. Expectación.

MONTIGNY

Perdonad; ni yo sabía
que, hablando, me ibais á honrar,
dama, ni cúya es la casa
en que mis lanzas están.
De orden de nuestro Archiduque,
busco á Juan Pablo Godart;
dijéronme que le han visto
penetrar este zaguán;
si le ocultáis, entregadle;
si no le entregáis, pensad
que al que le encubra ó defienda
le alcanza castigo igual.

MAGDALENA

Barón Montigny, éstas son
las paredes del solar
donde habita el Consejero
Acuña de Carvajal;
si el ser justicia en España
no da á un hombre autoridad

sobre lanzas de soldados
y audacias de capitán,
del tal reino y tal justicia
poco se puede esperar.

MONTIGNY

Señora: honrando la insignia
de Acuña de Carvajal,
¡un Consejero no puede
lo ya fallado enmendar!
Todos los justicias callan
donde habló Su Majestad,
y este rescripto, en que ha puesto
el Duque su autoridad,
Consejeros y soldados
lo han de acatar por igual.

MAGDALENA

No os lo niego; pero, al menos,
barón Montigny, esperad...

MONTIGNY

Impaciente: las gentes murmuran y el capitán quiere acabar prontamente, viendo llegar el tumulto.

¡El Rey no espera, señora,
y el Rey con nosotros va!

MAGDALENA

¿Luego es fuerza?

MONTIGNY

¡Traigo lanzas!

MAGDALENA

¡Soy dama!

MONTIGNY

¡Pasando estáis
á reo, y un reo excusa
tratamiento á un capitán!
Juan Pablo Godart; le busco:
¡responded si le entregáis!

MAGDALENA

No: ¡lo exigís de tal modo,
que os lo tengo de negar!

MONTIGNY

¡Yo haré por él!

MAGDALENA

¡Dios con todos!

MONTIGNY

¡Y por vos!

MAGDALENA

¡Mejor será;
que, al cabo, puesto á villano,
no cuenta el menos ó el más!

UNA VOZ

¡Cobarde!

Tumulto.

MONTIGNY

A los soldados.

¡Tomad la casa!

MAGDALENA

¡Válgame España! Ahora entrad.

Se inicia un movimiento, y, atropellando por todos y conteniendo al capitán y á las lanzas, entra en escena don Diego Acuña precipitadamente: le siguen Potter y alguien más que habrá ido á avisarle. Al verle, Magdalena corre á sus brazos, gritando.

¡Diego!

DON DIEGO

Severo, conteniéndola con la voz y el gesto delante de la multitud.

¡Señora!...

Al oir el nombre de don Diego, se habrá abierto la puerta pequeña y saldrán á escena, dispuestos á entregarse, Juan Pablo y los demás flamencos. Con un gesto los detiene don Diego, como ha detenido á las lanzas. Mira en seguida á Magdalena, dispuesto á escucharla. Expectación. Don Diego domina el cuadro desde que aparece.

MAGDALENA

En la tremenda prueba,
toda palabra me parece poca;
Diego, evítale esfuerzos á mi boca,
y al corazón todo tu amparo lleva.
Si mudo me preguntas,
por vez primera, con tus ojos fríos,
¡ve mi respuesta: con las manos juntas,
lloro y pido por éstos, que son míos!

Cae de rodillas, besándole la mano; sin dejarla casi arrodillarse, la obliga á alzar don Diego, haciendo esfuerzos por aparecer sereno y dominando una emoción intensa. Ya en pie Magdalena, vuelve don Diego el gesto al capitán Montigny.

DON DIEGO

Capitán Montigny, ¿qué tropa es ésta?

MONTIGNY

Alargándole el rescripto del Archiduque, que don Diego tomará en sus manos y leerá entero para sí.

Ved lo que manda el Archiduque Alberto.

DON DIEGO

Después de haber leído: serenamente.

¿Y dar remate á lo mandado os cuesta?

MONTIGNY

Excusándose.

Medió el empeño de una dama...

DON DIEGO

Siempre sereno.

Es cierto.
Pero se ordena aquí, cuando defienda
quienquiera ó cuando encubra al perseguido,
que sin piedad vuesa merced lo prenda,
y vos, seor capitán, no habéis cumplido.

MONTIGNY

Asombrado.

¿Debí?...

DON DIEGO

Debéis, puesto que esta dama ampara
al preso y las justicias atropella,
poner los hierros que trajisteis para
las manos suyas, en las manos de ella.
Fuera ella vuestra madre, y no se fuerza
que, cayendo en delito,
la haga inmune: la ley no hay quien la tuerza;
delinquió, castigadla: ello está escrito.

Montigny da un paso. Cambio en don Diego, que le hace frente.

Pero la amparo yo, y os tengo el brazo;
movedle vuestras lanzas y sois muerto.

¡Aquí entra Diego Acuña y abre plazo
á lo que manda el Archiduque Alberto!

Rasga la orden del Archiduque. Retrocede Montigny, espantado.

¿Vacilaréis?... ¿Y es justo en este trance,
capitán, que el deber no se os alcance?

MONTIGNY

Apurado.

Monseñor Consejero...

DON DIEGO

¿Quién me llama,
pues falté á la justicia, de esta suerte?

A las lanzas, entregándose.

Soldados: por España y por mi dama,
llevadme á las prisiones ó á la muerte.

MAGDALENA

Da un paso hacia él.

¡Diego!

DON DIEGO

Frío, señalando á los perseguidos y á Juan Pablo.

Libres ya son.

Magdalena, Juan Pablo y los demás quieren oponerse al gesto, dándose á las lanzas.

¡A las prisiones,

capitán Montigny!... ¡Nunca traiciones
hizo esta espada, pero está partida;

La rompe en dos mitades.

con ella rota, rota va mi vida;

Entrega la espada, haciéndose prisionero, al capitán.

¡disponga el cielo de mi suerte ahora!

Vuelto á Magdalena, con sencillez.

¡España y yo somos así, señora!

Da orden él mismo al pelotón y salen. Magdalena y Juan Pablo están abrazados.

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

LA GUERRA

Una gran sala baja, al gusto holandés de la época en los alrededores de Malinas.

En el fondo dos puertas. La de la derecha abre sobre el campo; la de la izquierda es un gran arco de piedra, tras del cual hay un segundo recinto practicable. A este segundo recinto se ingresa por un peldaño desde el arco. En el fondo de él, otro arco más pequeño y con reja de madera en su parte alta, que abre sobre un extremo del jardín.

En la pared lateral derecha, puerta que comunica con los corrales y con la cocina de la casa: sobre esta puerta, tragaluz con cristales cuadrados y cenefa de colores, al gusto holandés. En la lateral izquierda, otra puerta mayor, comunicando con el interior de la casa. En la pared lateral derecha, segundo término, gran chimenea holandesa. En la de la izquierda, segundo término también, aparador monumental del mismo gusto. En la estancia, una mesa grande de nogal, varias sillas y un sillón. Sobre la mesa, jarro no muy grande con flores. En la pared del fondo, entre ambas puertas, algunas espadas, pistolas y mosquetes formando panoplia. Al levantarse el telón, Juan Pablo, que tiene un bastidor apoyado contra el quicio del gran arco, parece estar pintando un aspecto del jardín. Junto á la chimenea, formando grupo, Isabel Clara y Albertino.

ALBERTINO

¡Le he visto ya!... Y madre dice
que no dejará la casa
nunca más... Siempre á la vera
le tendremos; no se aparta

de nosotros; me hará historias,
¡me dará lición de espada!...
¡Llegó ayer... y hoy me parece
que ya están todas trocadas
estas paredes; yo mismo
soy más que yo, Isabel Clara,
como hogar vacío donde
de pronto metieran brasas!

ISABEL

¡Pobre Albertino!

Besándolo.

ALBERTINO

Aunque padre
tornó más triste á la casa
que salió de ella... ¿en qué sitios
ha pasado estas semanas
de ausencia?

ISABEL

Evasiva.

En la guerra, acaso...

ALBERTINO

Rápido.

No en la guerra... que ahora marchan
mal, para España, las cosas;
¡no andará en ello su espada!

ISABEL

¿Quién dijo?

ALBERTINO

Mander lo dijo...
Y acaso es ésta la causa
de las tristezas de padre;
que sus reveses le amargan
porque España es de él... ¡y yo
también quiero ser de España!

ISABEL

Señalando al abuelo, con prudencia.

¡Albertino!...

ALBERTINO

Vivo.

No; no temas,
si oye el abuelo, que me haga,
como en otros días malos,
reproche de mis palabras...
Cambió el abuelo; ahora es él
quien, á escondidas, me llama
y habla de padre, y sus ojos
blandos se llenan de lágrimas,
que el nombre de Dios con más
respeto no pronunciara.
¡Y da tanto bueno oirle
hablar de él, Isabel Clara!
¿Tú no sabes, no te han dicho
lo que pasó en nuestra casa?
¿Por qué el abuelo, dejando
los tumultos y las armas,
volvió á sus cuadros? ¿Por qué
faltó de ella estas semanas

mi padre? ¿Por qué ayer, Mander,
tornando, le acompañaba,
con aquella risa suya,
que es risa y á mí me daña?
¿Por qué, como en otros tiempos,
no hubo, al regresar, palabras
de alegría, ni entusiasmos,
ni relatar hechos de armas?...
¿Tú no sabes, no te han dicho...?

ISABEL

Levantándose por esquivar las preguntas de Albertino.

¿Y á qué saber?... ¿No te basta
con tenerle aquí, Albertino,
que has de saber qué le traiga?

ALBERTINO

Preguntaré...

ISABEL

No preguntes;
la curiosidad es mala...

ALBERTINO

¡No esta mía, que es de amor
y mueve toda del alma!

MARIA

Saliendo por la lateral izquierda.

¿Dónde estás, Juan Pablo?

JUAN PABLO

Viniendo en su busca y dejando el cuadro.

Di.

Albertino quiere acercarse á ver qué hablan, pero Isabel le obliga á ir con ella al fondo y desaparecen por el jardín.

MARIA

No habremos logrado nada;
lo que es fatal, es fatal,
Juan Pablo. Diego esperaba
la muerte; volver al mundo
más le pesa que le agrada.

JUAN PABLO

Parte en ello no tomamos
nosotros, aunque bastara
la deuda en que nos tenía
para procurarle gracia.
Triunfó la protesta en Flandes;
todas las furias de España
no bastaron á evitar
que el pueblo tocara alarma.
Encontróse el Archiduque
sin soldados; se le alzaban
los naturales y están
los tercios de él en Italia.
Desguarnecidas prisiones,
castillos y tarazanas,
Mander, con tan pocos hombres
que los dedos los contaban,

sacó á don Diego y los nuestros
de las cárceles de España;
nosotros no hicimos más
que abrirle esta puerta franca;
y ayer parecía alegre
cuando llegó á nuestra casa.

MARIA

Hoy, no; tiene el rostro lleno
de sombras esta mañana.

JUAN PABLO

Lo esperaba: al cabo, es él
de una tierra y de una raza
que, leones acosados,
á escoger, más les agrada
deber la muerte á los suyos
que la vida á gente extraña.
Mander cuenta que, al sentirse
Diego libre y ver que estaban
rodeándole los nuestros,
como se halló sin espada,
con los dientes y los puños
quiso atacarles: «¡Mi raza
me encarceló, ella me libre!»
Y pugnando que le echaran
de nuevo sus hierros, Mander,
que aplacarle procuraba,
quedó con la diestra mano
toda rota y magullada.
«¡Sea en pago, clamó Diego,
del hecho con que me infamas;
que esta mano, al fin, ya no
volverá á empuñar espada!...»

MARIA

¡Siempre es él, en todas partes!

JUAN PABLO

Le aguardaban en la casa
su hijo, Magdalena... Vino,
les ha visto; esta mañana
ya, más que ellos, en él pueden
los clamores de su raza.
Piensa... La nuestra y su tierra,
de nuevo riñen batalla;
por todas las partes suenan,
levantándose, las armas;
¿qué va á hacer él? Si la paz
nos separó, ¿será extraña
cosa que la guerra ahora
venga á aumentar la distancia?

MARIA

Atemorizada.

¡Pero tú!...

JUAN PABLO

Yo mantendré
lo que juré una mañana;
ya no correrán por mí,
como corrieron, las lágrimas;
di á la venganza diez años
por Flandes; los que me faltan,
¡no es mucho darlos á Dios
para las cuentas del alma!

MARIA

Reconociendo todo el esfuerzo que le cuesta al viejo esta promesa y apretándole la mano.

¡Gracias!

JUAN PABLO

Mirando á la lateral izquierda.

Magdalena llega.

MARIA

Torna á tu arte.

JUAN PABLO

¡Que él me valga!

María Berkey, mientras Juan Pablo pasa al fondo, se queda ordenando algunos objetos. Entra por la lateral izquierda Magdalena, seguida de don Diego. Se advertirá en éste un cambio sensible desde el acto anterior; parece que los arreos de burgués, al modo flamenco, con que aparece vestido sin ceñir espada, le desfiguran por completo; refleja su rostro, menos en los momentos en que le anima la expresión del diálogo, un desaliento y postración inusitados en él.

JUAN PABLO

Llegando al centro de la escena.

¡Albertino!...

Sale el chicuelo corriendo del fondo del jardín; llega á su madre, á quien va á abrazar: ésta, con el gesto, le muestra á Don Diego, y el chiquillo corre á él. Detrás ha salido Isabel Clara.

DON DIEGO

¡Albertino!

ALBERTINO

Después de abrazarle.

¿Ya es seguro,
padre, que tanta ausencia ha terminado?

DON DIEGO

Ya no vuelvo á apartarme de tu lado.

ALBERTINO

¿Lo juras?

MAGDALENA

Corrigiendo.

¿Lo aseguras?

DON DIEGO

Lo aseguro.

ALBERTINO

Sin parar mientes en la variación, batiendo palmas.

¡Y volveremos al contar de historias,

y al probar un caballo en la explanada,
y á las contiendas...

DON DIEGO

Y al jugar la espada...

ALBERTINO

¡Y al relatarme tú de tus memorias!
Por cierto que tú, padre, que solías
siempre, al volver, contar tus fechorías,
de esta postrera no me has dicho nada.

Se instala á sus pies, dispuesto á escucharle; Magdalena quiere disuadirle.

¡Cuenta!...

Magdalena marca más el gesto; don Diego, con la vista, la contiene, y dice al niño.

DON DIEGO

Mi hazaña postrera
tiene poco que contar,
hijo mío, y es vulgar
como una historia cualquiera.
Pero, en fin, hago memoria
y, ya que no lo merece,
voy á contarte otra historia
que en todo se le parece.
Este era un buen Consejero
que, porque una vez holló
su ley, él mismo se dió
de su grado prisionero.
Y este era un pueblo, movido

por tremenda sedición
á guerra, con la nación
del Consejero atrevido.
Fué el Consejero á prisiones;
los suyos le encarcelaron,
y, para fallar, buscaron
premáticas y sanciones.
Y, en tanto, los enemigos
de su nación que se alzaron,
al Consejero libraron
de cárceles y castigos.

ALBERTINO

¡Brava hazaña!

DON DIEGO

No, en verdad;
que, según quien las da, son
las prisiones libertad
y la libertad prisión.
Busca el Consejero quien
decirle pueda, leal,
si es bien aceptar un bien
de quienes se quiere mal,
y aunque el corazón severo
le señala la prisión
donde ser, por su nación,
prisionero y carcelero,
como el Consejero tiene
hijo y mujer que abrazar,
piensa en ellos, da en dudar
y á perderles no se aviene.
Porque no hay leyes que den
la razón á la razón,
cuando le parece bien

lo más malo al corazón.
Con lo que el hombre, cediendo
á la traición que aquel día
hijo y mujer le volvía,
tornó á su casa, diciendo:
«Viviré para el amor,
si he muerto para la gloria...»
—Y así termina la historia
del Consejero traidor.

MAGDALENA

Con intención.

No es traidor el que cumple sus deberes.

ISABEL

En el amor, también hay heroísmo.

JUAN PABLO

En el fondo, á Martín Frobel, que habrá entrado hace un momento, mostrándole, como siempre, pruebas de sus trabajos.

El español aún gusta á las mujeres.

MARTIN

Pero ya no es la sombra de sí mismo.

DON DIEGO

Con un suspiro, como arrancándose por fuerza á sus recuerdos.

¡Albertino, lición tengo de darte,
ya que aún es tiempo de jugar la espada!

ALBERTINO

Saliendo aprisa á descolgar dos espadas de la panoplia del fondo.

¡Me place!

DON DIEGO

Tomando una de las espadas que gallardamente le ofrece Albertino por la empuñadura.

¡A ver si logra, amaestrada,
suplir tu diestra el brío con el arte!

Toman para la lección casi toda la diagonal de la escena: desde el arco donde Juan Pablo vuelve á pintar, hasta la puertecita lateral del primer término derecha. María Berkey, con Isabel Clara y Martín Frobel, quedan un momento en el marco de la puerta del fondo.

Toma el hierro, y cuando esté...

ALBERTINO

¿Qué?

DON DIEGO

en tu mano alto y desnudo...

ALBERTINO

Interrumpiéndole, porque adivina lo que su padre va á decirle.

¡Saludo!

DON DIEGO

¿Para asombrar con tu hazaña?...

ALBERTINO

¡A toda España!

DON DIEGO

Colocándose en la defensiva.

¡Y ahora, pronto; ataca y daña!

ALBERTINO

¡Déjame despacio honrarte,
porque pienso, al saludarte,
que saludo á toda España!

DON DIEGO

Tomando la ofensiva, para obligarle á comenzar.

¡Replica; no te retires!

ALBERTINO

¡No me mires!

DON DIEGO

¿Pues te da miedo de mí?

ALBERTINO

¡Sí!

DON DIEGO

Fallando, adrede, para que Albertino se decida á atacarle.

¿Y cuando me ves fallar?...

ALBERTINO

Atacando sin brío.

He de entrar.

DON DIEGO

Desarmándole y burlando de su torpeza.

¡Bravas trazas de atacar
en el hijo de don Diego!

ALBERTINO

Que recoge del suelo su espada.

Padre, pues yo te lo ruego;
no me mires si he de entrar.

DON DIEGO

Avanzando, para ofender de nuevo.

¡Gano tierra: dame acero!

ALBERTINO

Haciéndolo, aunque todavía con mucha timidez.

Pero...

DON DIEGO

¿Ya tiembla el alma esforzada?

ALBERTINO

¡De tu espada!

DON DIEGO

¿Pues tu aliento se acabó?

ALBERTINO

¡No!

Mas hijo tuyo soy yo,
y así, siendo tu segundo,
triunfaré de todo el mundo,
pero de tu espada, ¡no!

DON DIEGO

Con sarcasmo cariñoso para procurar esforzarle.

¿Doy nombre á quien no me vale?

ALBERTINO

Comenzando á enfurecerse infantilmente.

Dale.

DON DIEGO

¿A quién, si mi ley no saca?

ALBERTINO

Desesperado; decidiéndose á hacer por él, á ciegas.

¡Al que ataca!

DON DIEGO

Parándole y contendiendo duramente, con ironía.

¿Qué buscas, si me hallas fuerte?

ALBERTINO

Con desesperación infantil, dando con los pies en el suelo y tirando la espada.

¡La muerte!

DON DIEGO

Recogiendo la espada y obligando á Albertino á empuñarla de nuevo.

¡No, jamás, no! De esta suerte
no obra un alma esclarecida;
busca, atacando, la vida;
dale, al que ataca, la muerte.

Albertino vuelve á tomar la espada de manos de don Diego, y éste, separándose de su hijo, prosigue ahincadamente la lección.

¡Vuelve á luchar contra el miedo!

ALBERTINO

Queriendo obedecer, pero sin fuerzas.

Ya no puedo...

DON DIEGO

Arreciando en el juego, para probarle más.

¡Va un golpe! ¿Y para parar?...

ALBERTINO

Haciendo con la espada lo que indica el diálogo.

¡Alzar!

DON DIEGO

Te amago, ¿y está al rechazo?...

ALBERTINO

¡Mi brazo!

DON DIEGO

¡Con más furia, y no des plazo!

ALBERTINO

Casi lloroso, con elocuencia infantil.

Si otro me atacara, sí;
pero eres tú, y contra ti
¡yo no puedo alzar mi brazo!

MAGDALENA

¿Estás cansado, Albertino?
Bien; deja á un lado tu espada,

que ha de ser carga pesada
para este puño tan fino.

ALBERTINO

Pesa poco...

DON DIEGO

Pesará
más cuando pasen más años,
de todos los desengaños
y reveses que tendrá;
que si hoy la alcanza á tender
sin que le resista nada,
con el tiempo ha de mover
medio mundo con su espada.
Tornemos...

MAGDALENA

Reteniendo todavía á su hijo.

¿No valdré yo
más que el parar y atacar?

DON DIEGO

Pues, si apenas comenzó
la lición, ¿se ha de dejar?

MAGDALENA

¡No es tiempo tan largo un día!

DON DIEGO

Si lo ganas, es verdad;
pero es una eternidad
si lo pierdes.

MAGDALENA

¡Qué porfía!...
¿No es justo que yo le dé
también de amores lición?

DON DIEGO

La espada es la luz con que
sale al mundo el corazón;
y aunque tú le des liciones
de amor, tiernas y acabadas,
¡no ha de mover corazones
hombre que no mueva espadas!
¡Pronto!...

MAGDALENA

¿A qué este empeño fiero?
¡Tiempo tendrá de reñir!

DON DIEGO

Con intención; voz honda.

¡Hay en mi casa un acero
que yo no puedo ceñir!

MAGDALENA

Compendiendo.

Diego mío... ¿es un reproche?

DON DIEGO

Adelantándose á consolarla.

Magdalena...

MAGDALENA

Dolida: resistiéndose con dulzura.

Deja ya...

Pausa: don Diego se detiene.

ALBERTINO

Con timidez.

¿No acabamos?

DON DIEGO

Secamente: dirigiéndose á la chimenea, donde toma su chambergo flamenco.

Tiempo habrá
de acabar hasta la noche.

Deja don Diego su espada junto á la chimenea y, sin despedirse de Magdalena, sale por el fondo contrariado. Magdalena, mordiéndose los labios, queda en la puerta un largo rato, mirándole alejarse. Albertino, un poco desconcertado con la respuesta de su padre, cuelga su espada en su sitio nuevamente. Magdalena, dirigiéndose á él y sonriendo con melancolía.

MAGDALENA

Albertino, ¿no has cogido
para mí las rosas frescas de otros días?

¿No me quieres y me dejas hoy sin ellas?
Estas que hay sobre la mesa están marchitas.

ALBERTINO

Llegándose á ella, con entusiasmo infantil.

¡Tú verás!... Quedan dos horas de mañana:
¡me ha de hallar en el jardín el mediodía!
Y, al volver, he de llegar con tantas flores,
que la tierra, al pasar yo, quede florida,
porque, andando, me rebosen de las manos
y no pueda con la carga, madre mía...
Si te inclinas á coger las que han caído,
las que queden te las echo por encima
á montones, ¡á montones!... ¡Verás, madre!
¡No dirás de tu Albertino que te olvida!

Sonríe Magdalena: la abraza el muchacho y da una corrida, desapareciendo á saltos por el fondo del jardín; viene á primer término Juan Pablo. Se habrá quedado Magdalena abatida en un sillón. Juan Pablo mira la puerta por donde ha desaparecido don Diego y dice.

JUAN PABLO

¿Volverá?

MAGDALENA

Por vez primera
le he visto salir de casa
sin que nuestros corazones
uno con el otro vayan.

De mal grado recibió
la libertad que le daban;
no vuelve á unirse, me ha dicho,
cuando se rompió, una espada.
Quitó al chambergo su pluma
y al cinto el broche de plata;
ropas de flamenco viste;
del que era no guarda nada:
el que era ayer, se quedó
prisionero por España;
la sombra que aquí tenemos
poco viento ha de llevarla.

JUAN PABLO

Los días lograrán...

Se abre la puerta lateral derecha y, con su diestra herida y envuelta en telas negras, entra Mander en escena.

MAGDALENA

Irguiéndose al verle y con ronca voz, como si nombrara á un enemigo.

¡Mander!

MANDER

Mander, señora, ¿qué os pasa?

MAGDALENA

Con el odio que sembrasteis,
de años hace en esta casa,

la guerra habéis puesto en ella:
¿venís á ver cómo acaba?

MANDER

¿No erais vos, con vuestro amor,
quien se prometió acabarla?
¿No di yo mismo, soltando
las cadenas que encerraban
á vuestro Diego, ocasión
que el amor os le trocara?

MAGDALENA

Bien sabido os era, Mander,
que en aquel paso que dabais
corrompía una traición
de un noble amor la eficacia.
Con achaque de servirnos,
hicisteis violencia á un alma:
de cómo os lo agradecieron,
vuestra mano magullada
dará razón...

MANDER

Son azares
de la guerra, noble dama;
pero, al fin, perder la mano
no es como perder la espada,
que ésta deja en pie el honor
y el honor suple las armas.

JUAN PABLO

Interviniendo para cortar la discusión.

¿Y qué nuevas traéis, Mander?

MANDER

A Juan Pablo, hiriendo habilidosamente en él todas las cuerdas de sus adormecidos resentimientos.

Traigo nuevas que os tocaran,
á ser vos como antes erais,
todas las fibras del alma.
Nos envía el de Alencon,
con dos mil caballos, Francia;
nuestro príncipe Mauricio
viene con gente de Holanda
y ocuparon ya, de Amberes,
sin resistencia, el alcázar;
Inglaterra, con su reina,
fleta naves que nos valgan:
conque ya somos Europa...

MAGDALENA

Con un acento en que va su intensa admiración involuntaria.

¡Y ella sigue siendo España!

JUAN PABLO

¿No cede?

MANDER

¡Jamás! Llamó
todos sus tercios de Italia
y á esas horas estas sendas
negrean ya con sus lanzas.
Se les ve llegar de lejos
y, cuando aún las miradas
no les distinguen, de anuncio

les va sirviendo y de alarma,
como en otro tiempo, el ruido
de su tambor y las llamas
de las cosechas perdidas,
de las aldeas quemadas.

JUAN PABLO

Sin poderse contener.

¡Maldición!

MAGDALENA

¡Padre!

JUAN PABLO

No temas
que él oiga, y, si me escuchara,
con tanta razón me quejo
que asintiera á mis palabras.

MANDER

Haciendo cada vez más suyo á Juan Pablo.

Juan Pablo, no imagináis
de qué modo se levantan
por todos estos contornos
todas las gentes en armas;
que si á moverlas bastaron
no ha mucho vuestras palabras,
¡pensad cómo se alzan hoy,
que las mueve la venganza!

MAGDALENA

Viniendo á ellos, para imponer silencio á Mander

¡Mander!

MANDER

Lástima, Juan Pablo,
que hoy, cuando la tierra os llama,
brazos extraños os guarden
por fuerza dentro de casa.

MAGDALENA

¡Mander!

MANDER

¿En Flandes estoy,
ó en los castillos de España?

JUAN PABLO

Enardecido.

¡En Flandes!

Cuando Magdalena ha venido á primer término para apostrofar á Mander, aparece en la puerta del fondo la figura de don Diego, que oirá los últimos versos: avanza desalentado, para gritar á Mander.

DON DIEGO

¡En Flandes, que es
tierra nuestra, Dios me valga!
—Mander: aunque bien pudiera,

pues sois de sangre villana,
partiros el corazón
con medio acero, hecho daga,
no lo he de intentar; que fuera
la contienda malparada,
cuando á mí me sobran manos
y á vos una mano os falta.
Pero que entréis á sembrar
vuestro veneno en la casa
donde, porque el barro es odio,
hablan tan sólo las almas,
no os lo consiento; y así,
mientras la puerta halláis franca,
salid; que víboras que
quieran morderme las plantas
¡no las veo, sin sentir
la comezón de aplastarlas!

Ha llegado á la puerta, y con el gesto y la mirada impone á Mander.

MANDER

Sin dar la cara; camino de la puerta.

¿Y me pagáis, arrojándome
vilmente de vuestra casa,
el haber sido yo parte
en que volváis á habitarla?
¡Gran merced!

DON DIEGO

¡Esto va en creces;
porque á tiempo os di la paga!

Mander va saliendo, sin poder resistir el gesto del de España.

MANDER

Desde fuera: amenaza sorda.

Pues estas creces habrá
quien se encargue de tornarlas:
¡os lo dirán vuestros tercios
recién llegados de Italia!

Tiene don Diego un estremecimiento y cierra las puertas por no ver á Mander: se vuelve rápidamente á Juan Pablo.

DON DIEGO

Señor: á cuenta que los vuestros callen,
yo encerraré mis odios en el alma;
sepulcro es mi silencio de mi tierra
y por la cruz le pondré la de mi espada;
pero que insulten mi silencio manos
como ésta que mordí, porque es villana,
que, donde amor me ha desceñido el cinto,
venga á cebarse el odio con su daga,
no lo soporto: vuestro amigo es Mander
y vuestras son las puertas de esta casa;
mirad, si las abrís, quién entra en ella:
tarde fuera después para cerrarlas.

JUAN PABLO

Un poco agriado.

Diego...

MAGDALENA

Padre, asentid...

JUAN PABLO

Después de una pausa; cediendo.

¡Por la paz sea!
Desde hoy, tú dispondrás á quien las abra.

MAGDALENA

¡Gracias, padre!... Y tú, Diego, olvida agravios.

Con un arranque á los dos.

¡Juntad las manos ante mí!

Golpean varias veces la puerta con la empuñadura de una espada. Don Diego y Juan Pablo están con las manos extendidas, á punto de estrecharlas.

DON DIEGO

Recelando.

¿Quién llama?

Se oyen alegres voces afuera y ruido de armas.

JUAN PABLO

No es uno solo: suena un griterío
como de armada gente... ¿Quién?

VALDÉS

Desde fuera, gritando.

¡España!

Caen las dos manos sin juntarse.

DON DIEGO

Estupor.

¡Mis tercios!

JUAN PABLO

A don Diego.

¿Qué hago?

DON DIEGO

Vos diréis.

JUAN PABLO

Tú dices...

MAGDALENA

Resuelta; viendo en una lucha tremenda á don Diego.

¡Abrid, porque su sangre se lo manda!

DON DIEGO

¡No!

JUAN PABLO

Piensa que es la guerra...

MAGDALENA

¡Dios con todos
y miremos la suerte cara á cara!

Abre de par en par las puertas: entran el capitán Valdés, don Luis y Gaitán, alférez, y don Juan de Bracamonte, alférez también, aunque algo viejo; les siguen, sin entrar con ellos, los soldados Romero y Zapata. Entra con los tercios toda la luz del sol: la aventura, la vida heroica, la libertad, el aire de los campos. Juan Pablo, indignado, hace mutis por la lateral derecha. A su pesar, Don Diego permanece, ganado desde el primer momento por los recuerdos que suscitan en él sus viejos compañeros. En seguida, avergonzado y temiendo ser conocido, sale por la puerta del jardín. Pero, á media escena, á la frase de Valdés «Nos regía un capitán...», *vuelve á aparecer en el fondo, siguiendo ansioso el diálogo para intervenir en el momento oportuno. Magdalena mide y domina la situación.*

VALDÉS

A Magdalena, sin ver á don Diego.

Perdón, señora, si dimos
en vuestras puertas cerradas
con el hierro: no pudimos,
mientras afuera estuvimos,
poner en vos las miradas;
pero ya que, entrando, os vimos,
el corazón prevenimos
y escondemos las espadas.

GAYTÁN

Da vista al mesón, Valdés,
y deja á la mesonera
que nos sirva el entremés:
la mesonera es después,
cuando la sed tiene espera.

MAGDALENA

¿Españoles de camino,
con este sol brabantino
se os secaron las gargantas?
Tengo agua fresca, buen vino,
mesa en que hagáis colación,
estas sillas y un sillón.

GAYTÁN

Cogiendo una silla y contando las que quedan.

Salimos tantos á tantas. . . .

MAGDALENA

Excusándose.

No tiene más el mesón.

BRACAMONTE

A los dos soldados que quedan sin entrar.

Muchachos, ¿qué hacéis afuera?

GAYTÁN

Colocando á la gente: á Magdalena, por las sillas.

Bastarán de todos modos.

BRACAMONTE

Haciendo entrar á los soldados.

¡Aquí, que un vaso os espera!

GAYTÁN

Después de colocar á la gente. Con galantería.

¡Y en el sillón la hostelera,
presidiéndonos á todos!

Magdalena sonríe.

VALDÉS

Viendo en la mesa el jarro con las flores de Albertino.

¡Lindas flores!... Una quiero...

Va á cogerla, pero rápidamente Magdalena se apodera del jarro, que no suelta ya.

MAGDALENA

¡No!

VALDÉS

No imaginéis que, ingrato,
la arroje mustia á un sendero

tras de acariciarla un rato ;
la hubiera puesto á recato,
bien cuidada, á todo esmero,
bajo el noble garabato
de mi pluma, en el sombrero.
Y, una fuego, y la otra espuma,
fueran así, cifra y suma
de mi ánimo emprendedor,
una osadía la pluma
y una esperanza la flor.
Vos no queréis, y me abruma
vuestra negativa, viendo
que está junto á ellas latiendo
vuestro corazón mejor;
decid, señora, ¿estas flores
son un presente de amores?

MAGDALENA

Con intención.

Vos lo dijisteis, señor.

GAYTÁN

Capitán Valdés, teneos;
¿se os pasan con galanteos
las fatigas del camino?

VALDÉS

No; pero me gusta el vino
beber sobre mis trofeos.

Acercándose á Magdalena, sentado á medias en la mesa; actitud de galantería y de marcialidad á un tiempo.

—Ojos, que son por mi mal,
estrellas de otro horizonte;
fuentes, hoy sin manantial
porque agotan el caudal
en las hierbas de otro monte;
si mis angustias les cuento,
si á vuestros pies me lamento
y en mis lágrimas ardientes
doy hartura á sus corrientes,
decid, señora, un momento:
vuestros ojos inclementes,
¿olvidarán que son fuentes
para aplacar á un sediento?

Magdalena sonríe, jugando distraída con las flores.

GAYTÁN

Tirando del brazo á Valdés.

¡Basta! Señora, traed
reparos para el camino,
y el capitán imagino,
ya que él os habla de sed,
que os lo tomará en merced
si le respondéis con vino.

MAGDALENA

Pues sólo un punto, señores,
mientras el refuerzo allego.

Va á salir.

VALDÉS

Triste.

¿Pero os marcháis con las flores?

MAGDALENA

Volveré con otras luego.

Sale besando las flores y escondiendo la cara en ellas para no ver á don Diego.

BRACAMONTE

Considerando al capitán Valdés, que no aparta sus ojos de la puerta por donde salió Magdalena.

¡Romero y Zapata, aquí,
que, en los comienzos del fuego,
caer un herido vi!

ZAPATA

¿En qué fuego?

ROMERO

¿Dónde ha sido?

BRACAMONTE

El capitán, que ha querido
tomar una fortaleza,
y en lo más recio ha caído
con el corazón partido,
¡por no volver la cabeza!

VALDÉS

Volviendo de su distracción.

¡Sí que es linda la hostelera!

GAYTÁN

¡Y mujer!

BRACAMONTE

Linda es cualquiera
para un alto en la carrera,
cuando el corazón ansía
vivir, gozar todavía,
y la muerte nos espera
en el campo al otro día.
Ya así, el amor no es exceso
de nuestra alma envilecida;
¡es que va á muerte!, y por eso
quiere el alma, á la partida,
despedirse de la vida
bebiéndosela en un beso.

VALDÉS

Verdad.

GAYTÁN

Linda es, para mí,
la mujer, cuando, en lo recio
de un saqueo, la advertí
y el bélico frenesí
se le convierte en desprecio...
¡Y el odio suyo, el horror
del combate, el estertor
del moribundo, aquel modo
de infierno desgarrador,
le dan más fuerza al amor,
que estalla y salta por todo!
Y ¿qué importa que ella, airada,
sus duros brazos retuerza,

si es mi presa, está ganada
y hay en mi cinto una espada
para rendirla por fuerza?

VALDÉS

¡Que siempre has de dar, Gaytán,
en agriarnos los humores
con tu sanguinario afán!

GAYTÁN

¿Pero es que hay torres que están
para rendirse con flores?

VALDÉS

Yo encuentro linda... ¿á qué hablar,
señores, si con mirar
tiene bastante cualquiera?
Como es nuestra mesonera,
será, si un día he de amar,
la mujer á quien yo quiera.
Ni en la cuesta ni al doblar,
ni otoño ni primavera;
en tal sazón la he de hallar
que ya no pueda mudar,
ni á perder ni á mejorar,
en una década entera.
Con esto, un modo de hablar
que no otorga y dice «espera»;
la tez de un justo pasar,
ni como espuma del mar
ni como gota de cera;
con un don de suspirar
que la alivie de severa,

y, en sus labios, al cerrar,
un desdén que es un pasar
á una compasión que altera.
¡Resuelta para escuchar,
honesta sin maliciar,
dulce al ver, mirando fiera,
mujer de tan buen entrar
que en el alma ha de reinar,
si en ella entró, hasta que muera!
Decidida en el andar,
española en el triunfar,
campesina en el cantar
y en el recato casera.

BRACAMONTE

Pues dejaste á tu hostelera
que sólo le falta hablar.

VALDÉS

¿Dónde vi yo una mujer
que, sin ser ella, tenía
semejante el parecer?

GAYTAN

¿En Leyden herido, un día?

BRACAMONTE

¿En Cominges, al vencer?

ROMERO

¿En Breda, entrando á partir
después de capitular?

GAYTÁN

¿En Amberes, al salir
la guarnición á cambiar,
que se quería rendir?

VALDÉS

No sé; pero juraría
que mis recuerdos se van
uniendo... ¿dónde sería?

GAYTÁN

¿En Nápoles?

BRACAMONTE

¿En Milán?

VALDÉS

Recordando de pronto.

No, ya sé: razón tenía.
Fué en Flandes, y aún yo no había
dejado la alferecía
de que hoy disfrutas, Gaytán.
Va de cuento... Nos regía
un capitán, que venía
mal herido, en el afán
de la primera agonía:
¡señores, qué capitán
el capitán de aquel día!
Imaginad...

Todos se agrupan, escuchando, y no han visto entrar á Magdalena, que llega con vasos y botellas.

MAGDALENA

Las botellas...

Las deja sobre la mesa.

los vasos al lado de ellas...
y para los vasos, vino.

Lo sirve.

VALDÉS

Atreviéndose á ponerle una mano en el brazo.

¿Y mis flores?...

MAGDALENA

Poned tino,
capitán, en lo que hacéis,
ó, por Dios, que os quedaréis
sin las flores que os destino.

Hace intento de ir por ellas al jardín.

VALDÉS

¿Pero os vais al jardín?

MAGDALENA

Sí.

VALDÉS

Enlazándola, atrevido, por el talle.

Pues no os vayáis, que perdemos:

permaneced vos, y así,
¿para qué flores queremos,
teniendo el jardín aquí?

MAGDALENA

Forcejeando por soltarse.

¡Soltad!

VALDÉS

No.

MAGDALENA

Con un grito de indignación.

Sí.

DON DIEGO

Cogiendo la espada, que quedó junto á la chimenea, se acerca impulsivo á la mesa. Como todos atienden á la lucha de Valdés y Magdalena, están de espaldas y no le ven. Don Diego da con la espada un golpe en la mesa, que hace gran estrépito, y dice:

¡Basta ya!

Todos se vuelven. Magdalena, libre, corre al lado de don Diego, que la pone á su espalda.

MAGDALENA

¡No, no, Diego!

Los dos soldados echan mano á las espadas.

VALDÉS

Dando la cara.

¿Quién va allá?

DON DIEGO

Una espada que, como es
tal carga en solo una diestra,
ya no para hasta después
de cercenaros la vuestra.
¡En guardia!

BRACAMONTE

Interviniendo.

No; antes sepamos,
señores, quién es el hombre;
que los pobres que aquí estamos,
á reñir no acostumbramos
con los fantasmas sin nombre.

VALDÉS

Fanfarrón.

Y, hecha esta advertencia, tercio
para preguntar: ¿á cuál
desdichado abro en canal?

DON DIEGO

¡Al capitán de este tercio,
Acuña de Carvajal!

VALDÉS

Dando un paso atrás y bajando su espada; reconociéndole.

¡Don Diego!

DON DIEGO

¡Y ahora, reñid
como os parezca oportuno;
esta es mi dama: salid
contra mi espada, uno á uno
ó todos, en buena lid!

VALDÉS

Con un arranque.

¡Jamás, capitán! Espadas
que lucharon hermanadas
no han de injuriarse cruzadas;
¡vuestras son!, pero después
que las miréis bien honradas,
por nuestra mano arrojadas
de vuestra dama á los pies!

Con un gesto gallardo, tira él su espada á los pies de Magdalena; los demás inclinan la suya. Don Diego, ganado por este gesto de raza, lucha un momento con sus propios sentimientos: al fin, vencido, tiende los brazos á Valdés, diciendo:

DON DIEGO

¡Basta!

VALDÉS

¡Don Diego, un abrazo,
que fué duro el linternazo,
aunque, por Dios, merecido!

Se abrazan. Por Magdalena, con galantería.

Con tal médico, no ha sido
milagro curar del brazo.

Vuelto á los soldados.

Y vaya una explicación
que ilustre á la compañía:
senores: estos dos son
la mujer de mi visión
y el capitán de aquel día.

Magdalena queda á un lado; todos los soldados se acercan á don Diego, tendiéndole la mano, envolviéndole, arrastrándole insensiblemente, por la corriente de toda su vida.

GAYTÁN

Levantando su vaso.

¡Por el capitán un vaso!

ZAPATA

¡Por él!

DON DIEGO

¡Por el tercio!

GAYTÁN

¡Quiero
ser yo el primero, y no espero!

Se sirve antes que nadie y levanta el vaso á la salud del capitán.

VALDÉS

Echándose atrás.

Por ser el último paso;
que el último es el primero.

BRACAMONTE

Capitán, ¿y vos no hacéis
campaña?

DON DIEGO

Excusándose torpemente.

¡Estoy ya viejo!

BRACAMONTE

¡Pues á fe que lo escondéis!

GAYTÁN

¡Miraos vos en su espejo;
que una cicatriz hacéis
de cada arruga que os veis,
Bracamonte, en el pellejo!

BRACAMONTE

Riendo.

¿Habrá osado?

DON DIEGO

Ganado ya por ellos: sin pensar en nada, como ausente del sitio en que se halla. Magdalena le observa y prepara con el gesto, desde este momento, la escena inmediata.

¿Y dónde vais
en la marcha que os espera?

VALDÉS

¡A Leyden, en la frontera!

DON DIEGO

¡Mucho será lo que hagáis
si, en vuestra hazaña, igualáis
la gloria de la primera!

GAYTÁN

¿Fué tanta?

BRACAMONTE

Ponderativo.

¡Por vida mía!...

DON DIEGO

El de Alba, entonces, tenía
el mando, por nuestra España,
y encontró brava la hazaña:
¡pensad vos cómo sería!

GAYTÁN

¡Nunca un hecho es singular!
Donde otros pueden llegar,
llego también con mi afán.

DON DIEGO

¿Y estos son hombres, Gaytán,
que van un hecho á igualar
y á superarlo no van?

Enardeciéndose, á todos los compañeros.

Pensad...

VALDÉS

Riendo.

¡Ya está el capitán
en actitud de arengar!

DON DIEGO

Conteniéndose y callando.

Sí; perdón.

VALDÉS

Recuerdo entera
la razón que nos dijisteis
en Brúguel, la vez postrera
que, arrancando una bandera,
con el tercio combatisteis:

Dando cierta solemnidad al tono con que recuerda las palabras de don Diego.

«¡Por España, y el que quiera

defenderla, honrado muera;
y el que, traidor, la abandone,
no tenga quien le perdone,
ni en tierra santa cobijo,
ni una cruz en sus despojos,
ni las manos de un buen hijo
para cerrarle los ojos!»

Magdalena, que se ha ido acercando al grupo, sigue con ansiedad indecible las palabras de Valdés, tremendas en esta circunstancia. Al acabar, horrorizada por la maldición del propio don Diego, no puede reprimir un grito del alma, rechazándola.

MAGDALENA

¡No!

Rapidísimo; su propia voz hace que se dé cuenta del desvarío en que está: se calla bruscamente; se ampara de don Diego, que acude á ella dominándose.

DON DIEGO

¡Magdalena!

BRACAMONTE

Los demás, un poco desconcertados, cambian miradas entre sí.

¿Qué os pasa,
señora?

DON DIEGO

La fuerza ha sido
de la visión, que la ha herido;

Dando una explicación en voz natural, tranquilo.

porque hay un hijo en la casa,
Bracamonte.

BRACAMONTE

¡Y bien nacido
será, que habiendo tenido
en vos padre tan cumplido,
tal madre en vos, noble dama,
por fuerza que habrá bebido
savia del árbol la rama!

Mientras Bracamonte pronuncia estas palabras, todos se habrán puesto en pie. Don Diego mantiene cogida á su mujer, que poco á poco se reporta; al terminar sus palabras Bracamonte, se separa Magdalena de don Diego y aún se le ve á él luchar por ampararla todavía.

DON DIEGO

Á Magdalena.

¿Ya estás confortada?

MAGDALENA

Decisión solemne; mirándole á los ojos fijamente.

¡Sí!

Se aparta de él y ya no vuelve á formar parte del grupo; suena lejano, pero perceptible, el redoble de un tambor.

BRACAMONTE

A don Diego.

Y con esto os dejaremos,
capitán, que no podemos
permanecer más aquí.

DON DIEGO

Desencantado.

¿Tan pronto os vais?

VALDÉS

El redoble
de este tambor, en el prado
nos convoca.

GAYTÁN

Ya ha llegado
la hora de las gracias, noble
señor.

Le estrecha las manos.

VALDÉS

Con sinceridad.

Hallaros, don Diego,
para separarnos luego,
no es gusto, es tristeza doble.

Le estrecha las manos; con galantería, siempre cortés.

—En Leyden, de fijo, habrá
un estandarte altanero
que arrancar, con el acero,
de la torre donde está .
Pues, por vuestra dama va:
si bien le arranco, os le traigo;
y si en la contienda caigo,
¡bien empleado estará!

Vuelven á estrecharse las manos, que han tenido unidas todo el rato, y don Diego le pone la suya en el hombro, amistosamente. Valdés inclínase caballerosamente ante Magdalena. Todos hacen lo mismo, sin pasar á más, porque la actitud y reserva de ella les detiene el gesto. Van hacia la puerta del fondo. Don Diego les acompaña, medio abrazado á Valdés y rodeado de todos, que le muestran una viva cordialidad.

BRACAMONTE

¿Pero de cierto os quedáis,
capitán?

Don Diego hace que sí con la cabeza.

¡Dadme otro abrazo!

GAYTÁN

¡Y á mí!

VALDÉS

¿No os determináis
á venir?

DON DIEGO

Es corto el plazo.

VALDÉS

Fijadlo: si vos mandáis,
duerme el tercio en el ribazo.

DON DIEGO

No.

BRACAMONTE

¡Gloria os brindo: pensad!

DON DIEGO

No.

VALDÉS

¡Viene, en nuestra hermandad,
por ley y por cifra sola,
la locura, la mitad
de la razón española!

DON DIEGO

¡Basta!

BRACAMONTE

¡Al redoble segundo,
pensad que hemos de arrancar,
y ya no es seguro dar
con nosotros en el mundo!

DON DIEGO

Casi empujándoles.

¡Adiós!

BRACAMONTE

Volviendo á saludarle y los demás, menos los soldados, que han salido ya.

¡Adiós, si queréis!

DON DIEGO

A Gaytán, que es el más joven.

¡La suerte os proteja, noble
Gaytán!

GAYTÁN

¡Con ella os quedéis!

VALDÉS

Abrazándole ahora.

Lo dicho: plazo tenéis
hasta el segundo redoble.
Sois bravo; ésta es tierra extraña;
no olvidéis, cuando en su saña
la vida una carga os sea,
que morir en la pelea
es morir dentro de España!

Forman grupo y salen; por un momento les mira don Diego alejarse: luego abandona la

puerta. Sombrío, se sienta en un sillón. Magdalena lucha un instante; inclinándose á su espalda, con voz ternísima, dice.

MAGDALENA

Diego, ¿por qué no confías
en mí?

DON DIEGO

Magdalena...

MAGDALENA

Poniéndole la espada en la mano: el rostro horriblemente contraído.

¡Acaba
de sufrir!

DON DIEGO

¿Y tú?

MAGDALENA

Si un día
te hieren, Diego, y no hallas
quien, para lavar tu sangre,
tenga bastante en sus lágrimas,
bien recordarás las manos
que en un tiempo te curaban.

DON DIEGO

Como si quisiera abrazarla.

¡Magdalena!

MAGDALENA

Con horror.

¡No me llegues,
que las fuerzas me faltaran
para separar mis brazos
si se juntan en tu espalda!

DON DIEGO

¿Pues esto qué es, Magdalena?
Si á ti te hiere y me mata
á mí, ¿qué rayo de Dios
es, en mi mano, esta espada?

MAGDALENA

¡Esta es la vida, que puede
más que el amor, más que el alma,
Diego!... Nuestras voluntades
cenizas son, y ella es brasa.

DON DIEGO

¡No!... ¡Yo no quiero que sufras!

MAGDALENA

¿Y, con quedarte, evitaras
mi sufrimiento, y yo el tuyo,
viendo la muerte en tu cara?
Se te llevaron al campo
la vida que te quedaba;
corre, si te quedan fuerzas,
de nuevo al campo á buscarla.

DON DIEGO

Yo olvidaré...

MAGDALENA

Interrumpiéndole enérgica.

¡Tú no puedes
olvidar ni te dejaran
olvidar, si tú quisieras,
todo el peso de esta casa,
toda la gente á tu lado,
todas sus voces diarias,
toda la sangre que tienes,
todo el fuego que la arrastra...

Tumulto lejano: una voz, la de Mander, se oye desde lejos.

MANDER

¡Raza de verdugos!

DON DIEGO

Transición brusca.

¿Qué?

Se vuelve para escuchar; por la parte exterior de la puerta, lado derecho, asoma Juan Pablo, María Berkey, algún aldeano, hasta formar un grupo en el campo, delante de la puerta: á este grupo se incorpora luego Mander; todos hablan á gritos: en escena, don Diego y Magdalena, con el gesto y la cara prosiguen su diálogo.

MANDER

Acercándose.

¡Meser Juan Pablo!

GRONINGA

Tendiendò el brazo para señalar un punto del espacio donde se dirigirán todas las miradas.

¡Son llamas!

JUAN PABLO

Con indignación, que irá creciendo en toda esta breve escena, hasta provocar el apóstrofe final.

¡Furia española! Incendiaron,
antes de salir, las casas
que les dieron hospedaje!

POTTER

¡Arde la aldea!

MANDER

¡Así caiga
lluvia de fuego en vosotros
para exterminaros!

POTTER

¡Vayan
sedientos por un camino
y aborte sierpes el agua!

JUAN PABLO

El humo negro que dejan
detrás de ellos les apaga

el sol de sus glorias: ¡sombras
de muerte cúbrente, España!

MANDER

¡Maldición!

MAGDALENA

¿Olvidarás?

DON DIEGO

¡Todo ha acabado!

Yendo á ella.

MAGDALENA

¡No, aparta!

DON DIEGO

Después de luchar, muy rápido, la besa en la frente.

¡Sí!... ¡que es el último acaso!
¡Dios nos deja; tenme, espada!
¡La fatalidad lo quiere:
soy español, y me arrastra!

Entre el tumulto de los de afuera, que gritan; llegando á ellos con un gesto.

¡Paso!

Se vuelven; conmoción. Don Diego pasa entre todos con la espada en alto y desaparece.

MARIA

¡Hijo mío!

JUAN PABLO

¡Ya ha muerto
para ti; tierra, arrancada
de su tierra, ahora se junta,
que en el hoyo ha de hacer falta.

MARTIN

¡Ya no se le ve!...

MANDER

Ya brilla
su espada en alto, á las llamas
que los suyos encendieron...

MARTIN

Tropiezan con él...

Suena el redoble de los tercios muy lejano.

JUAN PABLO

A su mujer, que llora.

¡Aparta!

Unos momentos antes ha aparecido Albertino en la puerta del jardín; se para, no entendiendo lo que ocurre; ve en esto llorar á su madre: corre á ella.

ALBERTINO

¡Madre!... ¡madre mía!... ¿lloras?

Las flores se le caen en el camino: las últimas, al abrir los brazos para echarlos al cuello de su madre, caen á los pies de ambos.

MAGDALENA

¡Hijo mío!... Calla... calla...

ALBERTINO

¿Dónde está padre?... ¿Te deja
llorar?...

MAGDALENA

¡Hijo mío... calla!

JUAN PABLO

A Magdalena.

¿Y lloras por él?

MAGDALENA

No mires
con indignación mis lágrimas;
no son de ninguna tierra,
padre mío... ¡Son del alma!

Se abrazan: lloran Groninga y María Berkey acercándose al grupo: los demás permanecen en el fondo. Todavía, lejanísimo, redobla el tambor de los tercios.

TELON

ACTO CUARTO

LA PAZ

La misma decoración del acto segundo. Cae la tarde. En escena Juan Pablo, Martín Frobel y Potter junto á la puerta del campo. Mander, hablando con María Berkey y Magdalena que, por apartarse de la conversación, hace grupo con Albertino.

JUAN PABLO

Ve tú, con buen tiento, Potter,
á lo que tengo mandado;
tú acompáñale, Martín,
y en tu prudencia descanso.

MARTIN

Y haces bien, que, según son
los tuyos, hoy son mis ánimos.

JUAN PABLO

No olvidéis que, como viene,
más que vencido, domado,
ni estarán en su sazón
reticencias ni entusiasmos;
tratadle como quien es,
dadle apoyo, abridle paso;
si está herido, hacedle cura;

si lo ha perdido, un caballo
procuradle.

A Potter.

Y tú, sé en todo,
que yo lo quiero y lo mando,
para recibirle, amigo;
para servirle, criado.

POTTER

Se hará así.

MARTÍN

¿Le encontraremos?...

JUAN PABLO

En la aldea; Mander trajo
noticias que llegó allí
con su tercio destrozado.
Dicen que los tercios mueven
lejos de Flandes, el paso;
si Diego aún queda con ellos,
es que recela en su ánimo,
y no quiero que á una casa
que es suya, pues llega honrado
con su dolor, la sospecha
le tenga, al llamar, la mano.

MARTÍN

Descuidad.

POTTER

Exagerando.

Le haremos tales

demostraciones de agrado,
que él se deje, haciendo vía,
un recelo en cada paso.

JUAN PABLO

Así es mi gusto.

MARTIN

Y así
la voluntad con que vamos;
descansa en ella.

JUAN PABLO

Traedle:
no desea más Juan Pablo.

Salen, Martín Frobel amonestando á Potter, en cuyo brazo se apoya; queda Juan Pablo un rato á la puerta viéndoles alejarse.

MANDER

...Y me han dicho, la Berkey,
que torna extraño: sospechan
si le han trastornado el seso
los reveses de la guerra.

MARIA

Crédula, con susto.

¡Señor!

MAGDALENA

El es hombre, Mander,

singular en lo que piensa,
y así no es fácil que todos
los que le escuchan le entiendan.

Volviendo á Albertino; desdeñosa.

Albertino, sube á ver
de la terraza la senda,
y al verle llegar de lejos,
dame un grito y hazme seña.

Albertino penetra en la casa. Mander insiste.

MANDER

Según son vuestros apremios,
doime á pensar, Magdalena,
que mucho bueno esperáis
de esta vuelta de la guerra.

MAGDALENA

¿No esperáis lo mismo vos?

MANDER

No: yo vi á Diego en la aldea,
Ya no es el de aquella tarde,
cuando, abriéndome la puerta
de la casa, me arrojó
tan villanamente de ella;
hoy es mi día; hoy se ajustan
todas en su mal las cuentas.
Magdalena—hoy os lo digo,
tal vez nunca os lo dijera—,
tanto como vos le amáis,
yo odié á don Diego en la tierra;

y acaso esté en vuestro amor
la razón que á mí me mueva.

MAGDALENA

Con dignidad.

Mander... ¿á qué publicar,
si se adivinan, bajezas?
¡No habla la serpiente, y rastro
por donde pasa nos deja!

MANDER

Cinismo frío.

Como queráis.—Hoy termina,
de todas suertes, la guerra—.
Vos con amor, yo con odio,
veremos hoy quién acierta.
Esta casa y este asilo
que le disponéis en ella,
veréis si una herida sólo
de las que le han hecho, cierra.

MAGDALENA

Volviéndole la espalda.

No os puedo escuchar.

MANDER

Dejadme.
Ya escucharéis, Magdalena,
cómo él os pide la muerte
por piedad; la muerte aquella

que yo no le di en el campo
porque me faltó la diestra.

Sonriendo cínicamente, á Juan Pablo, que con María Berkey estará en el fondo, hablando en voz baja.

Decid... ¿no encendéis, Juan Pablo,
esta noche las hogueras
para festejar el triunfo?
¡Toda Flandes hace fiesta!

JUAN PABLO

Con dignidad.

Olvidáis que esta es la casa
de un español; si yo en ella
me encuentro, es para mostrar
cuánto me obligan noblezas
que conmigo se tuvieron
en los días de la guerra.

MANDER

¡Hidalgas hizo el hidalgo
del Brabante las maneras!
¡Dolor que rechace Flandes
la tiranía extranjera,
cuando ya está dando España
tales frutos de nobleza!

JUAN PABLO

¡Mander!

MANDER

¡Os trocaron todo,

Juan Pablo! Ya en vos no queda
ni una gota de la sangre
que debéis á vuestra tierra.
¡Alzad la frente; yo os traigo
lumbre para las hogueras!

MARIA

¡Juan Pablo!

JUAN PABLO

Mander, no os vale;
id por las cabañas estas,
que todas el triunfo
con luminarias festejan.

MANDER

Como gustéis.

Va á salir, sonriendo irónicamente; como un reto añade.

Volveré
cuando él torne, Magdalena;
que, aunque ni vos me estimáis
ni él mis saludos espera,
quiero yo ver, por mis ojos,
cuánto logran, qué aprovechan
los milagros del amor
para acabar una guerra.

Juan Pablo ha bajado la cabeza; María Berkey respira y va á cerciorarse de que Mander ha salido. Magdalena permanece serenamente fría.

ALBERTINO

Desde lo alto.

Cae la tarde... y desde aquí
ya no distingo el sendero.

MAGDALENA

¿No le ves si viene?

ALBERTINO

Aún no.

MAGDALENA

Pues llega un momento.

A sus padres, que estarán en el fondo.

Quiero
colgarle al cinto su espada,
que habrá de halagarle á Diego;
no la ha tenido en sus manos
desde aquel día funesto.

ALBERTINO

Apareciendo en la puerta grande.

Madre...

MAGDALENA

Llega aquí, Albertino.

Coge una espada que habrá, con su cinto ó banda, sobre la mesa, y la ciñe á Albertino: le

contempla á su sabor un instante y añade.

Día es hoy que nos debemos
al que regresa los dos;
acostumbra el pensamiento
á que brote de él, lo mismo
que agua manantial de un cerro;
haz tus manos á llevar
la mitad de los empeños
que él quiso entregar al mundo
y en el mundo no cupieron;
piensa que te ha dado, al darte
sangre suya, en don de fuego,
con el regalo del nombre,
la obligación de los hechos;
no olvides que los linajes,
si toman carne en el cuerpo,
sólo el alma es quien al cabo
les viene á poner el sello;
piensa que eres agua, y cauce
donde correr, su recuerdo;
que eres fuerza, pero de él
partió el impulso primero;
que los hijos, de los padres,
si toman el pensamiento,
se arman para continuar
la obra de Dios en el suelo;
que sólo, en este pasar
de un mismo nativo empeño
á los hornos de los hijos
desde el hogar de los viejos,
deja de ser humo y aire
y es eternidad el tiempo...
Cuando le veas entrar,
llega tu rodilla al suelo,
que un padre, si no es Dios mismo,

para un buen hijo, es su templo;
pon en sus manos tus labios,
que aunque más pida tu pecho,
tu cariño será doble
si se viste de respeto;
escucha mucho, habla poco,
pide nada, te da entero,
y queda, en mi bendición,
de la gracia de Dios lleno,
ya que es para ti, este día
que él regresa y yo le espero,
el primero de tu vida
después de tu nacimiento.

Le bendice con las manos puestas sobre su cabeza y le abraza luego; en este mismo instante suenan, detrás de las bardas, las voces de don Diego y los ayes y quejas de Potter.

DON DIEGO

Dentro.

¡Villano! ¿Pretenderás
engañarme á mí, villano ?

POTTER

¡Señor!

DON DIEGO

Ya en la puerta, pero á medias, vuelto de espaldas.

¡Decirme que no
me vencieron en el campo
porque piensa que no sé
soportar mis descalabros !

Levanta su espada, que trae en la mano, contra Potter, que huye.

¡Vive Dios!...

Acaba de dar la vuelta, encogiéndose de hombros; ve á los suyos. En un grupo los dos ancianos: Juan Pablo, con su gorra de pieles en la mano; María Berkey, sonriéndole y casi tendiéndole sus brazos; Magdalena, con el rostro contraído de dolor, hierática; el hijo, sin comprender, atemorizado.

¡Ah! ¿Me esperabais?
Doime prisa, abrevio el paso.

Llega hasta Magdalena, á la que bruscamente, y casi sin mirarla, tiende su espada.

Cuelga de un garfio esta espada,
pero cuélgala bien alto;
que, aunque rodé y me han vencido
y ya no es mía, el villano
que pretenda descolgarla
ha de tener largo el brazo.

Magdalena toma la espada que le entregan y, sin mirarla, la deja sobre la mesa. Ella, con toda el alma en los ojos, sigue á Diego, que ahora está delante de su hijo. Albertino pretende arrodillarse; don Diego, con un arranque, grita.

¡A mis pies no, que te humillas!

Le obliga á levantarse y le abraza fervorosamente; se vuel-

ve á Magdalena y sonríe: desde este momento se humaniza y se va quebrando gradualmente la máscara de su rostro: ve á los viejecitos en el fondo: con frialdad ceremoniosa.

Buena mujer, noble anciano...

Mirando á todas partes.

¿No quedan más?... ¡Pocos sois,
para lo nuevo del caso!

MARIA

Tendiéndole aún los brazos.

¡Hijo!... ¡Diego!... ¿No me ves?

JUAN PABLO

Severo, amargado, empujando á su mujer para que entre con él en la puerta pequeña.

María... silencio... vamos...

Salen los dos.

MAGDALENA

Dolorida, llegándose á don Diego.

Diego, son mis padres... ¿fueron
tan funestos estos años
que te olvidaste?...

DON DIEGO

Aún recuerdo
la airada voz del anciano,
y, como me dió por muerto,
me extraña verle á mi lado...
¿murió él también?...

MAGDALENA

¿Por qué finges,
Diego?... ¿Qué hay vil en mis brazos,
que te los tendí al llegar
y sólo una sombra hallaron?

DON DIEGO

¿Pues esperabas tú luces,
si vuelvo con el ocaso?

MAGDALENA

Diego: en tu presencia, nada
siento que me muerda el ánimo;
de nada acusarme puedes;
sobre mi tierra te he amado;
sobre mi casa y mi gente,
puse mi vida en tus manos.
¿Mereció mi lealtad,
á tu regreso, este pago?
Si finges con los demás,
si pones hielo en tus labios
para que nadie, por ellos,
entre en ti, que eres sagrado,
la puerta que á otros les cierras,
¿no habrán de abrirla estas manos?

DON DIEGO

No me pidas que concuerden
las palabras de mis labios
con el horror de mi vida,
Magdalena. No inventaron
palabras tan espantosas
los mortales.

MAGDALENA

Ni reclamo
que tus dolores me cuentes;
me basta á mí adivinarlos.
Quiero que, al llegarme á ti
para enjugar con mis manos
tus lágrimas, no las quemes
con el fuego de tus párpados;
quiero...

Se ha acercado á él: le ha puesto una mano en la espalda. Don Diego se estremece: le coge la otra mano: confidencial, precipitado, leal, temblándole la voz.

DON DIEGO

Magdalena, ha sido
la tragedia de un sueño malo...
No sé si he muerto ó si vivo
todavía... Nos llegamos
á esta guerra los de España
que, en tres meses, caminando,
por tres reinos, con la espuela
polvo español levantamos.
Salimos... y, por merced,
la Europa nos abre paso;

que, como somos mendigos,
nos dejan ir mendigando...

MAGDALENA

Pero tú, que el corazón
te dejaste entre mis brazos,
por una senda de flores
vuelves, glorioso, á buscarlo.

DON DIEGO

Pero, como era, al partirme,
de dos mundos soberano,
y hoy, al pisar un sendero,
me obligo á un dueño, pisándolo,
no estoy hecho á ser tan poco
después de haber sido tanto;
quiero cubrir con palabras
el vacío en que me hallo;
para esconder que me falta
la espada, agrando mi manto;
el gesto no he de agrandarle,
que, como estaba en mi mano
el mundo, aunque él ha caído,
la mano quedóse en alto...

MAGDALENA

¿Por qué si es ello verdad,
Diego mío, y no has cambiado,
respondiste con desdenes
cuando mis padres te hablaron?

DON DIEGO

Es verdad, estuve duro,
Magdalena; he de enmendarlo.

¿Tú no sabes que hace días
me atormentaba este paso?
¿Tú no sabes que sentía
vergüenza de llegar, falto
de laureles, destruído,
sin nombre, como un villano?

Después de mirar en torno.

Buscaba á Mander; temía
tropezar con él... ¡El paso
ya se dió!... Y tus buenos viejos,
es cierto, me contemplaron
con cariño... ¿No burlaban
de mí, verdad?... El anciano
se descubrió, al descubrirme;
tendió la anciana sus brazos...
Y yo les quiero...

MAGDALENA

Mi padre,
Diego mío, no ha dejado
que hubiera fiesta en la casa
para festejar con lauros,
como los demás, el triunfo:
los amigos que llegaron
no danzarán esta noche,
como otras, al pie del árbol;
por estas cabañas andan,
donde han querido ampararlos...

DON DIEGO

¡Noble viejo! Magdalena,
tráele aquí... ¡Pienso que he dado
con el modo de volver,
como quien soy, á sus brazos!

MAGDALENA

Radiante, contenta.

¿Le llamo?

DON DIEGO

¡Tráemele pronto!

MAGDALENA

¡Gracias, Diego!

Sale por la puerta pequeña; quedan solos don Diego y su hijo.

DON DIEGO

Después de mirarle un rato, sonriendo con emoción indecible.

¿Quién ha atado
de tu cintura este cinto
con este acero colgando,
hijo mío?

ALBERTINO

Fué mi madre;
para recibirte.

DON DIEGO

¿Hablaron
de mí los abuelos?

ALBERTINO

Mucho:
¡ellos te recuerdan tanto!

DON DIEGO

¿Y tú?

ALBERTINO

¡Yo más!

DON DIEGO

Sacando con cierta prisa y como con miedo de que le sorprendan, un libro envejecido y sucio, que traerá bajo el jubón de soldado.

Toma, Alberto,
el solo botín que traigo:
á un gran demonio alemán,
rematándole en un saco,
al darle un golpe en el pecho,
se lo arranqué de las manos;
muriendo, gritó: «Esta vez,
con éste solo has luchado;
por eso no bastó el hierro;
si tienes un hijo, dáselo.»
Pensé en ti, pensaba siempre,
y en mi jubón te lo traigo.

ALBERTINO

Tomando el libro y apretándole contra su pecho.

¡Gracias; más lo estimo, padre,
que un laurel!

DON DIEGO

No vale tanto.
Y este acero de este cinto,

si un día has de desnudarlo,
para que en su punto sea,
mira al mundo, no á tu brazo.

Aparecen en la puerta pequeña Magdalena y los dos viejos; al verles, se hace atrás Diego y, mirando á ellos y mirando luego á su hijo, sigue diciéndole á éste de modo que le oigan todos.

¡Tú, Felipe Alberto Acuña
de Carvajal... y Godart!
¿Cómo esta casa, que es tuya,
pues que de mí la tendrás,
hoy, cuando celebra Flandes
triunfos que le traen la paz,
callada y desmantelada
y muda y cerrada está?
Piensa que eres el primero
de un linaje, en marcha ya,
en que la sangre de Flandes
mezclada á mi sangre va;
linaje que es, tras las quiebras
de un estéril batallar,
la sola flor en que, unidos,
los dos reinos vivirán...
Quiero que esta casa tuya
esta noche haga temblar
toda la pradera en danzas,
todo el aire en un coral.
Busca amigos, junta mozas,
tráeme lumbre, haz festival,
que tienes sangre de Flandes
y yo no la puedo odiar.
Si, para la empresa, manos
te hacen falta, búscalas...

¡Mira si, pidiendo bien,
las suyas te quiere dar
este anciano, al lado mío,
gran patriarca, hombre leal,
de donde arranca tu sangre
brabanzona de Godart!

JUAN PABLO

Sin poder contenerse, á don Diego.

¡Hijo!

MARIA

¡Diego!

DON DIEGO

¡Padres míos!

Hacen grupo abrazados.

JUAN PABLO

Terminado el abrazo, teniéndole aún las manos; Magdalena, María y Albertino se apartan á un lado.

¡Esta sí, al fin, es la paz;
que entre tus brazos, los años
de la guerra se me van!

DON DIEGO

Atrayéndole más á él; queriendo halagarle.

¡Viejo mío!... Y traigo empeños
que entre nosotros se harán...

Desde mañana empezamos,
yo á plantarte y tú á pintar
una brava efigie mía
para la posteridad...
Yo á caballo, en una cumbre
tan alta y extrema ya,
que las dos piernas del potro
casi en el vacío están...
Ancho fieltro y noble pluma,
peto en punta y espaldar
y una banda sobre el peto
que le aumente majestad.
El brazo ha de estar tendido,
que es gesto de dominar;
nubes cercándome; un aire
de inmóvil eternidad,
y abajo, á mis pies, el polvo
que hizo mi potro al trotar:
un mundo que he dominado
y que se evapora ya...
¿Queda entendido?

JUAN PABLO

Sin comprender del todo.

Sí, queda;
y mis pinceles están
á tu servicio.

DON DIEGO

¡Mañana
lo empezamos á pintar!...
Ahora, á preparar la fiesta,
que Albertino aguarda ya.

Salen Albertino, Juan Pablo,

María, y desde este momento empiezan á oirse voces afuera. Diego les sigue un rato con la mirada. Magdalena pasará á colocarse junto á la mesa. Sin verla, con un brusco decaimiento, dice don Diego.

¡Solo!... No me entiende nadie...
¿Qué espero para acabar?

Inicia un paso rápido, como de quien ha tomado una decisión extrema.

MAGDALENA

Saliéndole al encuentro.

¡Diego!

DON DIEGO

Cordialmente, cogiéndose á ella como á la última tabla en un naufragio.

¡Magdalena!

MAGDALENA

¡Estamos
solos, Diego; no hay razón
que calle tu corazón
en lo que los dos digamos.
Desesperado y vencido,
tanto tu ánimo ha podido,
que al llegar tú, todavía
en tus manos has traído
para todos alegría...

Los mismos que te vencieron,
en tu grandeza has vencido,
Diego; pero ellos no vieron,
cuando gozosos partieron,
que quedabas mal herido.
Lo veo yo, y aunque cuidas
de esconderme tu aflicción
con tus sonrisas fingidas,
te estoy viendo el corazón
á través de tus heridas.

DON DIEGO

¡No!

MAGDALENA

Esperanzada.

¿Me engaño?

DON DIEGO

No hay razón,
puesto que solos estamos,
para que, en lo que digamos,
disimule el corazón.
Había un deseo en mí,
Magdalena; de él cogí
voluntad para tornar,
y aquí quería llegar
para colmármelo aquí.

MAGDALENA

Adivinándole.

¿La muerte?

DON DIEGO

La deseaba,
Magdalena, y no la temo;
cuando más agrio luchaba,
la quería y la esperaba
como un descanso supremo.

MAGDALENA

¡Diego mío!

DON DIEGO

Y ha un instante,
cuando los demás se fueron,
veleidades me cogieron
de no seguir adelante.

MAGDALENA

¡Diego!

DON DIEGO

Pero hablaste; oí
tu voz, Magdalena, y creo
que renacer me sentí;
tanto pudo en mí el deseo,
que me ha traído hasta aquí.
Magdalena, yo quería
morir; pero al expirar,
entre tus manos dejar,
como un don, el alma mía.
Y, al llegar á hacerte el don
que reservé á este momento
con el alma mía, siento
que va á ti mi corazón.

Tomándole las manos, con infinita ternura.

Manos que cuando curaron
por vez primera mi herida,
de la sangre que tocaron,
rosas de fuego sembraron
por las sendas de mi vida:
si á tantos gestos humanos
yo respondí con las furias
de mis odios castellanos,
hoy, que las beso, estas manos,
¿olvidarán mis injurias?

Ella misma levanta sus manos hasta los labios de don Diego, que las besa; Magdalena sonríe inefablemente.

Al final de la refriega,
mi alma ardiente, mi alma ciega
torna humana
y á ti y á tu hijo se llega:
tú mi vida, él mi mañana,
¡el hogar y la ventana
de mi casa solariega!
Llamo á la puerta rendido...

MAGDALENA

Mi mano te abre, al entrar.

DON DIEGO

Llego trocado y herido.

MAGDALENA

Mi mano sabe curar.

DON DIEGO

El sueño con que, al marchar,
soñé, se ha desvanecido...

MAGDALENA

¡Mi mano lo ha recogido
para volvértelo á dar!
Diego mío castellano,
mientras reñías lejano,
te he guardado, en el hogar,
lumbre, flores que cortar,
lecho para reposar,
quieta paz, huerto lozano,
un libro para rezar,
un corazón para amar;
¡todo lo que está en mi mano!

DON DIEGO

Magdalena, al regresar,
me parece despertar
en ti, de un delirio insano;
¡dame fuerzas con que entrar
segunda vez en lo humano!
Acostúmbrame á olvidar,
acompáñame á esperar,
y, aun si me ves vacilar,
¡no me dejes de tu mano!

Se hace precisa en este momento una música que desde hace un rato sonaba lejana.

MAGDALENA

Escuchando.

¿Este son?...

DON DIEGO

Complacido.

Oye... es la fiesta.

MAGDALENA

¡Qué bien se une y se acomoda,
serenando el alma toda,
la música de la orquesta!

Escuchan los dos un instante.

DON DIEGO

En voz baja.

Di, Magdalena... ¿no es ésta
la que sonó en nuestra boda?

MAGDALENA

¡Grande era, Diego, el contento
que mi alma entonces sentía;
pero yo no trocaría
por aquél este momento!

DON DIEGO

Yo sí; que en aquél lucía
con luz rosada la aurora,
y esta sangrienta de ahora
anuncia que ha muerto el día;
que ya mi Imperio español
se deshace...

Sigue al son de la orquesta el barullo precursor del festejo. La escena está obscura; vense las caras, gracias á un farolillo

que alumbrará la puerta grande y que habrá encendido la Groninga cuando salieron los viejos.

MAGDALENA

No, mi Diego.

DON DIEGO

Cuando mi sol era fuego,
en Flandes se ha puesto el sol.

MAGDALENA

Con una exaltación casi profética.

¡Alienta!... ¡El amor te llama,
Diego mío, á salvamento,
y el amor es como un viento
que en el rescoldo hace llama!

DON DIEGO

Renunciando; escéptico.

¡Cenizas de empeños vanos
caen de estas manos, señora!

MAGDALENA

¡Pero quedan otras manos
hechas de rosas de aurora!

Suena griterío de la fiesta y se ve un pequeño resplandor flotante detrás de las bardas.

ALBERTINO

Gritando mucho, acercándose rápido.

¡Abridme, abridme camino,
que sólo mi antorcha espera,
para encumbrarse, la hoguera!

MAGDALENA

Con una inspiración, yendo al fondo.

¡Albertino, aquí, Albertino!

El pequeño resplandor de la antorcha se acerca más; de un salto, se encarama Albertino sobre las bardas y aparece su carita alegre, sonriente, marcada en rojo relieve por el fuego de la antorcha que lleva en la mano.

Magdalena á Diego, transfigurada, diciendo con el gesto toda la gran promesa.

¡Mírale!

ALBERTINO

¡Padre, yo soy
el de la lumbre este día,
y por ti á encenderla voy,
y ella traerá la alegría,
y de la noche hará día!
¡Padre mío, madre mía,
cuando la luz destriándose ría,
pensad que en ella riéndome estoy!

Desaparece y comienzan á prender y crujir las hogueras.

MAGDALENA

¿Has oído, Diego?

DON DIEGO

¡Sí!

MAGDALENA

¿No parece una visión?

DON DIEGO

Tomando la mano de ella y apretándola contra su pecho.

¡Tu mano en mi corazón
te quiere estallar en mí!

Se hace una enorme claridad que llena la escena. Las gentes que toman parte en la fiesta llegan hasta la puerta, y algunas entran en escena para ver á Diego y Magdalena.

JUAN PABLO

Desde la puerta, gritando.

¿Veis de aquí?

MAGDALENA

Sí, vemos bien.

DON DIEGO

¡Todo!

POTTER

¡Si salís afuera,
veréis toda la pradera
y á los que danzan también!

MARIA

¡Salid!

MAGDALENA

¡No!

MARIA

A Juan Pablo.

De aquí no ven
sino la luz de la hoguera.

DON DIEGO

Desde aquí ve mi deseo
lo que otro ninguno ve;
porque el infinito veo
con los ojos de la fe.
¡Antorcha es mi espada rota
en tus manos, Albertino!
¡Alúmbrame ese camino
que vuelve de la derrota!
¡Así!...

Albertino ha trepado al árbol con su antorcha en la mano todavía; se mantiene con la otra sujeto á una rama y parece jugar con el fuego haciendo farsas á los que están bajo el árbol, que ríen.

¿No le veis?... ¡Exijo
que le aclaméis!... En su mano
brilla un cetro soberano:
es de España, es castellano,
lleva la luz... ¡y es mi hijo!

Una aclamación enorme acoge las palabras de don Diego y celebra á Albertino, que responde agitando la antorcha. Magdalena y Diego lloran abrazados.

TELÓN

Madrid 1.º Abril 1910.

DEL MISMO AUTOR

VERSOS

Odas (agotada).
Las vendimias, poema geórgico.
Égloglas.
Elegías.
Vendimión, poema.
Canciones del momento.

TEATRO

Agua mansa, zarzuela (agotada).
La vuelta del rebaño, zarzuela.
El pastor, poema dramático.
Benvenuto Cellini, biografía dramática.
Las hijas del Cid, leyenda trágica.
Doña María la Brava, romancero dramático.

NOVELA

La caravana («El Cuento Semanal»), segunda edición.
La muestra («El Cuento Semanal»).
Corneja siniestra («El Cuento Semanal»).
Beso de oro («El Cuento Semanal»).
Rosas de sangre («El Cuento Semanal»).
Fin de raza («El Cuento Semanal»).
La pasión de míster Castle («Los Contemporáneos»).
El secreto de la vida («Los Contemporáneos»).
Almas anónimas.

TRADUCCIONES

De Eça de Queiroz, *La ciudad y las sierras.*
De Booeker J. Wáshington, *Saliendo de la esclavitud...*
De Guerra Junqueiro, *Obras completas,* 5 tomos.
De C. Baudelaire, *Las flores del mal.*
De Meyer Forster, *Carlos Enrique.*

I46636
Marquina, Eduardo
En Flandes se ha puesto el Sol.
LS
M3576en
DATE

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU